



ÁFRICA ECUATORIAL.—Casa de la Mision en Tabora.

DE TABORA AL MASANCE.

Diario de viaje del P. Guillet, superior de la Mision de Ujiji.

Habiendo despertado sumo interés el primer diario de viaje de los misioneros de Argel que publicámos hace pocos años, continuamos hoy un nuevo relato que hará conocer más y más las costumbres y disposiciones de los pueblos del África ecuatorial, y mostrará los trabajos, las luchas y las esperanzas de aquellos misioneros.

Los PP. Menard y Randabel, el conde Joubert y el auxiliar Vilser, que debían acompañarme al Tanganika con el P. Blanc, llegaron á Tabora á mediados de noviembre de 1881. Al instante empecé los últimos preparativos de marcha. Jeque ben Nassib nos propuso portadores y uno de sus primeros soldados para conducir nuestra caravana. Estos hombres tienen mala reputación, y su jefe había de ser el mismo Buana Hamisi que, después de haber prestado algunos servicios al P. Moinet, lo despojó indignamente en Simba. Rechacé, pues, los ofrecimientos de ben Nassib, y le dije que aceptaría gustoso sus hombres si consentía en ser responsable de las desertiones y robos que pudieran cometer: como yo esperaba, rehusó. Por lo demás, me habían recomendado un árabe llamado Alí, anciano ya, y que según se decía tenía mucha experiencia en los viajes y era muy honrado. Era pobre y habitaba una humilde cabaña en Gangué, pueblo pequeño á unas dos leguas de Tabora, en el camino de Ujiji. El mismo jeque ben Nassib me alentó á tomarlo. Concluí, pues, un contrato con Alí, por el cual se comprometía, por la suma de 600 pesetas, á buscarnos hombres y

conducirnos á Ujiji. Le ordené alistase portadores desde luego, á fin de poder realizar el viaje antes de las fuertes lluvias. No necesitábamos más que cincuenta hombres, y Alí pretendía tenerlos reunidos todos en tres ó cuatro días, pero estuvo más de quince. Casi todos los portadores del Unyanyembé habían partido para la costa ó Ujiji en seguimiento de Tipo-Tipo, y los pocos hombres que quedaban estaban ocupados en la siembra del arroz, pues habían caído las anuales lluvias de noviembre y se cultivaba con ardor.

Con todo, Alí reunió al fin cincuenta hombres, la mayor parte esclavos de Buana Thani, rico árabe de Gangué, y nos los presentó como dignos de confianza. Los demás eran unyamuezis de diversos pueblos de los alrededores de Tabora. Obligados á conformarnos á una mala costumbre establecida por los árabes, distribuimos á todos parte de la tela convenida para su salario.

Alistados quince askaris, y hechas las provisiones de telas, perlas, etc., el 3 de diciembre acampó aquella gente en Gangué, según la costumbre de las caravanas que parten para el Tanganika. Quedé en Tabora con el P. Blanc para dar las últimas disposiciones. El jeque ben Nassib no estaba muy contento de nuestra partida, pues creo deseaba mucho el establecimiento de un huerfanato en el Unyanyembé. Díle esperanzas de que llegarían otros Padres con este objeto; pero esto era para él incierto. Sin embargo, no se mostró menos cortés al despedirnos, y nos dió varias cartas para el gobernador de Ujiji y los principales árabes.

A fin de no dejar nuestro tembé deshabitado y nues-

tra propiedad abierta á todo el mundo, ofrecí al señor Becker, de la Asociación internacional belga, que viniese á residir en ella, lo que aceptó gustoso. Caso de tener que salir de Tabora antes de la llegada de los Padres, habia de confiar nuestra casa á la custodia de un *belutche* con quien me entendí al intento.

Arreglado todo, partimos á nuestro turno el 6 de diciembre para Gangué, hermoso pueblecito habitado por algunos árabes y sus esclavos. El principal personaje del mismo es Buana Thani, dueño, como he dicho, de más de la mitad de mis portadores. Habitó algun tiempo en Mayota y Nossi-Be, y sabe hacer á la europea las cuatro reglas de la aritmética, de lo que está muy satisfecho, tanto que á la primera visita nos demostró su ciencia y nos hizo problemas. Los días siguientes no podíamos verlo sin que nos hablase de multiplicar. A parte este flaco, Thani es, como todos los árabes, muy amable y cortés, aunque en el fondo es un hombre sin honor, y los Padres obrarán cuerdaamente desconfiando de él. Hace dos años que un europeo, de paso para el Tanganika, cediendo á su invitación depositó en su casa todas sus telas como en lugar seguro, y le fueron robadas 50 *dioras*, cuyo valor ascendía á 1,500 pesetas. Thani pretextó que se habia forzado la puerta de su almacén durante la noche, pero despues de la partida del blanco todos sus esclavos aparecieron con vestidos nuevos.

Este año quiso cogernos en las mismas redes, viniendo personalmente á Tabora á proponernos su casa para nuestros bagajes; mas advertidos á tiempo por Alí, se lo agradecemos y buscamos un pretexto; y los confiamos á otro árabe llamado, á causa de su avanzada edad, Buena Mzee, *el viejo amo*, excelente anciano de buenas maneras y muy tratable. Frustrado en sus planes, Thani quiso desquitarse de otra suerte. Cinco de sus hombres, alistados como portadores, vinieron á retractarse de su compromiso, añadiendo que la tela que se les habia dado estaba en casa de su amo. Alí fué á reclamarla.

—¿Por qué devolverla? dijo Thani; ¡los blancos son ricos!

Como insistiese Alí, se la prometió para el día siguiente; pero cada día contestaba lo mismo. Escribí al jeque ben Nassib para reclamar justicia. Tampoco de él, empero, obtuve otra cosa que promesas, pues no se atrevió á hacer cosa alguna contra aquel incautador, temiendo probablemente que fracasara su autoridad.

En estas circunstancias pasamos la fiesta de la Inmaculada Concepción. ¡Ay! nada pudimos hacer para celebrar tan gran día. En medio de aquellos pobres indígenas no permanecemos, sin embargo, extraños á los testimonios de amor que nuestra Reina recibe de todas partes en el mundo cristiano, y de lo íntimo de nuestro corazón cantamos con fervor: *Benedicta sit sancta et immaculata conceptio beatæ Mariæ Virginis*.

¡Oh! ¡cuán sensible es en las Misiones esta privación de las fiestas cristianas, que hacen tanto bien al alma acercándola á Dios, que le hacen olvidar, siquiera por un día, los males del destierro, y le llenan de nuevo vigor y fuerza. Pero puesto que todo lo hemos sacrificado para gloria de Dios y bien de las almas. ¡fuera tristezas y debilidades! Tampoco Nuestro Señor y sus Apóstoles conocieron las alegrías de nuestras grandes festividades. «No ha de ser el discípulo más que su Maestro.»

Por último, el día 10 abandonamos el campo de Gan-

gué. Dos caminos siguen los árabes para ir á Ujiji: el del Uvinza y el de Simba. El primero es mucho más corto y fácil; pero Mirambo lo cerró durante mucho tiempo á las caravanas, porque las bandas de rugas-rugas lo hacían peligrosísimo. Hoy está en paz con los árabes y les deja el camino libre. El segundo da un largo rodeo hacia el Sur, y aunque mucho más largo, los árabes lo han seguido hasta este año. Actualmente con dificultad pudieron encontrarse víveres, pues hace pocos meses que Mirambo saqueó y destruyó Simba con los pueblos colindantes, y el hambre desola hoy aquellas comarcas.

Tomamos, pues, el camino del Uvinza, que se dirige directamente al Oeste, y despues de pasar por varios pueblos diseminados en la llanura á corta distancia unos de otros, acampamos en Tumbi-Lembeli, pueblo al que, como á todos los del Unyanyembé, dan sombra magníficos *mbuzu*, árboles corpulentos con cuya corteza los indígenas se hacen telas batiéndola y ablandándola con el majadero. A la sombra de dos de estos árboles hay la tumba del antiguo jefe, adornada con cachos de vasijas y tres pedazos de madera suspendidos encima por una cuerda atada á dos postes. Estos pedazos de madera representan los tambores del difunto, é indican con su número el grado de su poder. Los indígenas miran tales sepulcros con gran respeto mezclado de supersticioso temor. Desdichado de quien se atreviese á cometer alguna inconveniencia en ellos. Advirtiéronos que no atásemos en ellos los jumentos, pues de lo contrario los encontraríamos muertos el día siguiente por la sombra irritada del difunto. Encuétranse tumbas semejantes en todos los pueblos del Unyanyembé.

El jefe de Tumbi-Lembeli es una mujer. Este hecho, aunque raro, se encuentra tambien en otros puntos. Asimismo una mujer ha sucedido recientemente al sultán difunto del Uganda, provincia importante del Unyanyembé, al Sudoeste de Tabora. Por lo demás, en la familia la mujer no está reducida á la condición de esclava. Es cierto que tiene no poca parte en el trabajo; pero sabe reclamar su parte de bienestar. Mientras que el marido viaja como portador en una caravana, ella cultiva y cosecha. Al regreso de aquél ha recogido con que alimentarle; pero á su vez espera telas para cubrirse, y si vuelve con las manos vacías, dicese que puede contar con una recepción nada pacífica.

La población de Tumbi-Lembeli se mostró muy afable, disposición que hemos encontrado constantemente entre los unyamuezis. Mientras que leía en mi tienda, las mujeres que me observaban desde fuera, al ver una imagen pintada de la santísima Virgen, exclamaron:

—*Mayo! mayo!* (1) ¿qué es esto?

—Es la imagen de mi Madre, les dije mostrándosela.

—¿Tu madre? ¿verdaderamente es tu madre?

—Sí.

—¿Y vive aún?

—Sí.

—¡Oh! ¡qué blanca y hermosa es! *Mayo! mayo!*

Y no se cansaban de mirarla, de examinar su cabeza, sus ojos, su boca, sus manos y sus vestidos. Algunas corrieron á buscar á sus amigas, y casi todas las mujeres

(1) *Mayo! mayo!* «¡Madre mía! ¡madre mía!» El unyamuezi en toda circunstancia de admiración, sorpresa, miedo ó sufrimiento, etc., repite esta palabra *Mayo! mayo!* Aunque sea viejo llama instintivamente á su madre, como nosotros decimos: ¡Dios mío! ¡Dios mío! No sabiendo recurrir á Dios, llama á su madre.

del pueblo vinieron á ver á la madre del blanco, á una mujer de Europa. Entre tanto supliqué con todo mi corazón á la santísima Virgen que se dignase volver hácia aquellas infelices mujeres, hijos de Eva como ella, una mirada de piedad, y apresurase con sus súplicas cerca de Nuestro Señor Jesucristo el tiempo de su salvación.

Los días siguientes acampámos en los pueblos de Muilalé, Mtebula y Mtuto, y el 14 en el principal pueblo de Ussoké, importante distrito que forma el límite del Unyanyembé en el camino de Ujiji.

Hasta entonces habíamos marchado por etapas de dos ó tres horas diarias. Alí decia que no podia hacerse de otro modo; los unyamuezis acostumbran ir lentamente mientras están en su país, pues en cada pueblo tienen amigos á quienes desean ver, y que una vez salidos del Unyanyembé haríamos buenas jornadas. Tomámos, pues, paciencia, ya que por lo demás, el espíritu de los portadores nos parecia excelente. Así que al partir veian desplegarse nuestra bandera del sagrado Corazon, bordada por las señoras del Carmelo de Argelia, entonaban sus alegres cánticos de caravana y marchaban con un entusiasmo admirable. Los gruesos paquetes parecia que apenas pesaban en sus hombros. Algunos salian del sendero por turno, para cantar cada uno su canción, á la que contestaba á coro toda la banda. Uno de ellos, un verdadero Hércules, que llevaba más de 120 libras, electrizaba á todo el mundo. Bajo su pesada carga cantaba, saltando y revolviéndose con la agilidad de una gacela. No se habia advertido ningun síntoma de mal augurio, de suerte que, á pesar de la lentitud de los primeros días, teníamos confianza en el éxito del viaje.

Nuestra marcha, por otra parte, era un verdadero paseo, hasta tal punto era fácil y agradable el camino y pacíficas las poblaciones. La campiña era muy fresca, y por todas partes los indígenas se ocupaban en las sembraderas. Cantaban dando con el azadon golpes en cadencia, y este trabajo parecia complacerles. A estos hermosos campos, empero, les faltan rebaños de bueyes, á pesar de que pudieran muy bien alimentarlos. En otro tiempo los poseian los indígenas, pero atacados continuamente por los rugas-rugas, á quienes atrae el cebo del botín, viéronse obligados á deshacerse de ellos á fin de gozar de paz.

A mi parecer, este es el motivo porque tantas otras comarcas del África ecuatorial, muy propias para la cría de bueyes, están totalmente desprovistas de ellos. Los rugas-rugas son la causa de esto mucho más que la mosca *tsetse*, cuyos estragos parece se han exagerado. Las tribus que se sienten con fuerza para defender sus rebaños y que tienen el humor algo guerrero, los poseen; pero las débiles y tímidas prefieren vivir en paz y no tenerlos.

El P. Blanc ha sido atacado de nuevo del reumatismo, que le hace padecer cruelmente. No puede andar ni sostenerse en el asno, y hay que llevarle en kitanda. Si no se mejora su estado, sufrirá el martirio de aquí á Ujiji.

Alí nos retiene cinco días en Ussoké á fin de hacer provisiones para pasar el extenso bosque que separa el Unyanyembé de Mgombero. Necesitamos sobre todo buena provision de arroz, pues ya no lo encontraremos más antes de Ujiji. Seis pilones con veinte hombres funcionan, pues, todo el día para desembarazar el *mpunga* de su corteza y hacer de él arroz blanco. El unyamuezi sólo hace esta operación á medida que lo nece-

sita. Este trabajo nos retuvo cinco largos días cuando, á nuestro parecer, habian de bastar dos. Tanto retardo nos contrariaba extraordinariamente, y dábamos prisa á Alí para que continuase pronto. El, por el contrario, estaba á su gusto, parecíale que todas las cosas iban muy bien y no comprendía nuestra impaciencia.

—Esto es cosa del viaje, repetia; llegaremos cuando podremos.

Todos los árabes son así, y no comprenden todavía el valor del tiempo. Poco les importa estar un mes más de lo necesario, con tal que se llegue.

Ussoké forma un hermoso distrito que comprende varias localidades populosas, todas dependientes de un mismo *muangwa*, quien obedece á su vez al sultan de Kuiguru. Este jefe, en cuyo territorio acampámos, mostróse benévolo con nosotros y nos hizo un regalito. El país es fertilísimo y lo creo sano. El suelo es abundante en manantiales y minerales de hierro que nadie explota. El bosque vecino está lleno de árboles magníficos de excelente madera. Este conjunto de ventajas llamó sin duda la atención del P. Fenachour, y trató de establecerse allí, pero se lo impidió la malevolencia de los árabes. Hoy creo que no nos suscitarían dificultad alguna.

Por último, el 19 partímos de Ussoké contentos, esperando empezar al fin las largas etapas prometidas por Alí. Pero ¡qué desengaño! Al cabo de una hora los portadores deponen las cargas á la entrada de un pueblecito inmediato al bosque y dependiente aún de Ussoké. Preguntó á Alí qué significa semejante juego, y parece tan contrariado como nosotros, pues contaba que seria más larga la jornada. Mas el Kirangozi se detiene allí: era el último pueblo del Unyanyembé, y los portadores querian pasar en él un día. Reprochéle severamente porque se dejaba dominar de este modo por los caprichos de su gente, y le dije que queria marchar adelante. Entonces fué á parlamentar con los portadores, pero perdió su elocuencia y su trabajo. Temiendo un contratiempo si les hablaba á mi vez, consentí forzosamente en acampar, é hicimos levantar nuestras tiendas en el interior del pueblo.

En breve estallaron vivas contiendas entre algunos de los bagajeros. Alí quiso juzgarles y castigar á uno de los culpables; pero éste, esclavo de Buana Thani, se rebeló con indignación.

—No soy tu esclavo, dijo; ¿con qué derecho quieres castigarme? Hazlo si te atreves.

Poco á poco se agriaron las palabras, el ruido atrajo á todo el mundo: unos tomaron partido por Alí y otros por la revuelta, y en breve sólo se oyeron disputas, gritos y amenazas. Creimos que todo se apaciguaria por sí mismo, como es costumbre entre negros; mas viendo que en vez de disminuir, el tumulto iba agravándose, fuí á la tienda de Alí, donde el causante de todo gritaba desaforadamente contra aquel.

—¡Ea! le dije, ¿qué ocurre?

—Buana, me contestó mostrándome á Alí, este hombre es un *korrofi* (término de desprecio).

Alí palideció.

—¡Yo un *korrofi*! ¡repítelo otra vez!

—¡Sí, no eres más que un *korrofi*!

El viejo hijo de Mahoma tomó de un salto su fusil, y oyóse subir rápidamente el gatillo. Al momento sus amigos se abalanzaron sobre el arma, é impidieron que el árabe hiciese fuego. El esclavo de Thani, que aca-

baba de escapar de la muerte, partió exasperado hacia su cabaña.

—Ya lo habeis visto, quiere matarme, gritaba furioso.

Muchos fueron tras él llenos de coraje. Al poco rato le seguí también con intento de calmarle. Le encontré con los de su partido en suma agitación.

—Amigos míos, les dije, ¿por qué estas querellas y odios? No estais al servicio del árabe, sino al mío. Allí no es vuestro amo, y de consiguiente, si teneis algunas quejas, á mí y no á él teneis que dirigiros.

—¡Bien, bien, Buena! tú solo eres nuestro amo. Esto basta.

—No haya, pues, más ruido ni contiendas.

—No, conclúyase esto. Vamos á cocer el hogars, y quedará todo olvidado.

Volviendo después á Allí le exhorté á que despreciase los insultos de un esclavo casi ebrio, y le hice comprender los graves inconvenientes que podía causarnos el acto de violencia que acababa de cometer, pues podía promover deserciones en masa é imposibilitarnos el viaje. Admitió todas mis observaciones, y me dijo:

—Permitidme que despida cinco de los principales revoltosos, pues temo que siembren cizaña entre los demás.

Hubiera sido preciso retardar un día para encontrar quien les reemplazase, y cometí quizá el error de no dejarle hacer. Por la tarde, el culpable mismo vino con sus amigos á presentar sus excusas á Allí, y restablecióse la alegría en todo el pueblo.

Por la noche, contentos todos por el fin pacífico de la revuelta, hacíamos los preparativos para la partida matutinal, cuando Elmassi, el jefe de los askaris, me avisó que el guía y cuatro de sus amigos acababan de desertar. Al instante envié algunos hombres en su persecución; pero los desertores huían á todo correr y fué imposible alcanzarlos. Entre ellos se encontraba el Kiragonzi. Poco lamenté su pérdida, pues en vez de auxiliar la marcha de la caravana, parecia estudiaban todos los medios posibles para entorpecerla.

Sin mucho trabajo pudimos el día siguiente encon-

trar cinco portadores, y el día 21 muy temprano dió el tambor la señal de ponerse en marcha, y nos internámos en el bosque: acampámos en un pueblo que hay en la espesura, cuyos habitantes reconocen la autoridad de Mirambo. Aunque pocos en número, hasta ahora se han defendido con ventaja contra sus vecinos de Ussoké, y han fijado en la punta de largos postes á las puertas de la población, los cráneos de muchos guerreros á quienes han muerto en los combates.

El día 22 á las siete de la tarde nos dijeron que dos indígenas del Uvinza acababan de anunciar que Tipo-Tipo, poderoso árabe establecido al Sudoeste del Maniema, hacia la guerra en su país, queriendo vengarse del robo de más de sesenta esclavos que le hizo un sultan cuando su viaje de Ujiji á Tabora.

Estas noticias eran muy malas para nosotros, pues estando en guerra el Uvinza, el camino era peligroso y teníamos que muchos de nuestros hombres rehusaran seguirnos.

En esto llegó el jefe del pueblo, acompañado de sus principales guerreros, y dijo que tenía algo importante que comunicarnos. Le hice sentar en mi estera, y nos repitió lo que acabábamos de oír. En su virtud nos aconsejó que abandonásemos el camino ordinario de las caravanas, que nos conduciría al teatro de la guerra, para tomar otro más al Norte, y nos ofreció cuatro de sus hombres como guías. Aceptámos la propuesta, y concertado el precio, dispusimos partir el mismo día y acampar lejos.

Como tardasen en venir los guías, fuí al pueblo para darles prisa, y encontrámos al jefe, que habia vuelto á la población, haciendo honor á una vasija de pombé. Tras muchas palabras logré que se fijase la marcha para el mismo día. Luego me ofreció de aquel líquido, y bebí dos ó tres sorbos, lo que le contentó mucho, lo mismo que á toda la asistencia.

—Tu pombé es excelente, y á mis hermanos del campamento les gustaria mucho.

Ordenó á una de sus mujeres que llevase una vasija llena para ellos, y él mismo quiso acompañarme con



AFRICA ECUATORIAL.—Caravana de misioneros en marcha en un bosque.
(Pág. 463).

los guías y la vasija. Éramos ya íntimos, y mi *amigo*, cuyo corazón se había enternecido con la influencia del pombé, no podía contener sus expansiones.

—¿Me amas acaso? me dijo por el camino, pasándome la mano por el cuello.

—Sí, te amo, y mucho más de lo que puedes comprender.

—¡Oh! ¡qué contento me das!... ¿Ves mi país? es tuyo... Mis mujeres y mis hijos son tuyos también... ¿Quieres que te construya una hermosa cabaña junto á la mía?

—Con mucho gusto lo quisiera, sultan, y dichoso permanecería contigo, junto á tí, en tu bosque, para enseñarte, lo mismo que á tu gente, el camino que conduce á Dios después de la muerte. Pero en este mo-

mento no me es posible: tengo orden de ir al Tanganika.

—Por lo menos cuando vuelvas pasarás por aquí, por la casa de tu amigo.

—No sé si volveré; pero escribiré á Europa que has sido bueno conmigo y que amas á los blancos, y ellos te conocerán y te amarán.

—¡Oh! ¡cuán feliz me haces! ¿quieres aceptar una mujer como regalo?

—Gracias, sultan; ¿qué haría yo de una mujer? Los blancos que hoy ves no son como los otros blancos ni como los otros hombres. Somos hombres de Dios, venidos aquí para enseñar á los negros á invocarle y amarle. Esta es nuestra vida y nuestro gozo, y por esto hemos renunciado á todas las dichas de que me hablas,



AFRICA ECUATORIAL.—Pueblo de Mtuto, en el Unyanyembé. (Pág. 463).

El infeliz salvaje me miró con extrañeza.

Entre tanto habíamos llegado al campamento. El jefe, sentado á la sombra de un árbol corpulento, nos obsesó con el pombé. Su satisfacción no conocía límites. Entonces ordené se diese la señal de partida.

Observóse un movimiento de deserción entre los bagajeros, y Alí y otro árabe empezaron á coro, gritando á competencia, un discurso que apenas comprendí. Los pagazis, decían, rehusan todos partir hoy; quererles reducir á la obediencia era peligroso. Alí me suplicó por todo lo que yo tenía de más caro en el mundo, y sobre todo por mi barba, que acariciaba tiernamente, que no persistiese en querer arruinar nuestra caravana. La escena era sumamente cómica, y mis compañeros y yo no pudimos contener la risa.

—Está bien, le dije; una vez más prefieres cumplir la voluntad de los portadores más bien que la mía y hacernos quedar aquí á pesar nuestro. Pero entonces quedas responsable de todas las deserciones que puedan tener lugar esta noche.

A la tarde dos hombres que se decían enviados por el jefe de un pueblo vecino en el bosque vinieron á reclamar el *hongo*. Tres barriles de pólvora, fusiles, cápsulas, etc., hé aquí lo que tenían la audacia de exigir. Preguntéles si dependían del Unyanyembé ó de Mirambo. Si del primero, tenía yo derecho de pasar por todas partes sin pagar nada; si del segundo, iba á escribir á su amo quejándome de ellos.

—No dependemos, contestaron, ni del uno ni del otro; tenemos derecho al *hongo*, porque todas las cara-

vanas, y últimamente Tipo-Tipo, nos lo han pagado.

Evidentemente era esto una solemne mentira.

—Por mi parte, les repliqué, no obstendréis nada absolutamente.

—Si queréis pólvora, añadieron los askaris, venid á aguardarnos por el camino, y la tendremos dispuesta para vosotros.

Los pretendidos enviados se retiraron chasqueados.

Todos los incidentes de este día no habían sido los más á propósito para inspirar confianza y valor á nuestros portadores, sobre todo á la entrada de un bosque, que temían muchos días há. Así es que, conforme habíamos previsto, á la siguiente mañana muchos faltaron al llamamiento. Hasta el negro Feradji, que la víspera exhortó con notable elocuencia á sus compañeros á que permaneciesen fieles, había desertado. Esto nos llenó de estupor, y no podíamos creer tanta perfidia. Por fin me lo expliqué recordando que el tal era musulmán. Los vicios del negro, unidos á los de los árabes, desarrollados y refinados por ellos, ¿pueden producir otra cosa que un innoble conjunto de astucia y de bajeza? Así es que nadie hay más falso, traidor y cruel que los uanguanas, esto es, los negros musulmanes, que por lo común son los esclavos de los árabes ó gentes de su servicio. Estos son los que van á la caza de esclavos en el Tanganika y en el Maniema, donde cometen horrores que hacen estremecer.

Por la mañana volvieron de Ussoké los askaris, pero sin un solo portador. En todas partes se les había contestado que era la época del cultivo; y además, como todos sabían ya que había guerra en el Uvinza, nadie quiso alistarse.

¿Qué hacer?... Decidimos volver á Ussoké con la caravana para cambiar completamente de camino, y tomar el de Simba ó el de Urambo, con la esperanza de que esta medida tranquilizaría á los portadores que nos quedaban, y nos permitiría encontrar otros en los numerosos pueblos del Unyanyembé. Partimos, pues, el mismo día, y fuimos á acampar en un vasto tembé, cuyo jefe nos recibió con poca confianza, pues por la noche recorrió todos los barrios de su pueblo gritando:

—Mujeres ¡alerta! vuestros maridos están ausentes. Han venido extranjeros entre nosotros: desconfiad de sus palabras. No os dejéis tentar por sus telas. Permaneced fieles á vuestros maridos. Y los hombres blancos que se guarden mucho de rondar durante la noche por el pueblo.

Esta era la primera vez que encontrábamos un jefe tan cuidadoso del honor de sus gentes y á quien oíamos dar semejante lección de moralidad.

El siguiente día, 26, reuní todos los cargadores, y les pregunté si querían ó no seguirnos por otro camino. Casi todos, uanguanas y unyamuezis, dijeron que querían conducirnos á Ujiji por cualquier camino; pero quejáronse de Alí.

Viendo que eran justas sus quejas, despedimos á éste, proponiéndonos dirigir por nosotros mismos la caravana.

Procurámos organizarla; mas los portadores eran muy pocos, y no podíamos llenar los cuadros vacíos. El tiempo transcurría rápidamente, y se acercaba el fin del año. Hacia un mes que partimos de Tabora y ni siquiera habíamos salido del Unyanyembé; aún no habíamos andado la quinta parte de nuestro viaje. Para colmo de desdicha se acercaba la época de las grandes

lluvias: pronto se llenarían los pantanos, se engrosarían los ríos y el camino se haría tal vez impracticable. Se nos tardaba el partir, pero no acudían portadores. En nuestra impotencia, suplicámos á Dios que nos auxiliase y diese paciencia, virtud la más necesaria para viajar en el Africa ecuatorial.

1.º de enero de 1882.—La fiebre se une á las contrariedades del viaje y parece haber agotado nuestra energía: apenas se nota alegría en los rostros.

La noche del mismo día, viendo que eran ilusorias todas las promesas que se nos habían hecho, resolví adoptar el único partido que á mi parecer nos quedaba. Reuní el consejo, y después de exponer la imposibilidad en que estábamos de encontrar portadores, á pesar de las medidas que tomámos durante ocho días; la poca confianza que me inspiraban muchos de los mismos que pretendían querer llevarme hasta Ujiji; los graves inconvenientes de un retardo más prolongado, y por último el peligro que corría el P. Blanc continuando el viaje en el estado en que se hallaba, propuse separarnos en dos bandas, una para Ujiji y otra para Tabora. Por una parte, los deberes de mi cargo me obligaban á llegar al Masancé lo más pronto posible, y debía procurar por todos los medios proseguir mi viaje. Pedí que me acompañase el P. Randabel, el capitán Joubert y el auxiliar Villebrand. Entre tanto el P. Menard con el auxiliar Visser reconduciría á Tabora al P. Blanc y las cargas que no nos fuesen estrictamente necesarias, y allí permanecerían hasta que mejorasen las circunstancias.

El consejo aceptó mi plan, y la mañana siguiente nos disponíamos ya á hacer la separación de los equipajes, cuando vino Alí á anunciarme un gran refuerzo de portadores. Muchos de los suyos se negaban á seguirle en el Ururi, donde quería ir á hacer comercio con sus telas, y pedían entrar á nuestro servicio. Algunos hombres pertenecientes á un árabe que volvía á Tabora solicitaron lo mismo, y de golpe teníamos todo el personal necesario. Renunciámos, pues, á la separación, y gozosos acariciámos de nuevo la esperanza de llegar juntos á Tanganika.

En la mañana del 4 de enero el tambor volvía de nuevo á dar la señal de partir, cuando me anunciaron nuevas deserciones de los esclavos de Buana-Thani. Quedaron sólo los unyamuezis, buenas gentes, pero sumamente tímidos, que visto lo que pasaba vinieron á pedirme permiso para volver á sus hogares. Tuvimos, pues, que adoptar de nuevo la resolución de dividir en dos la caravana. Reuní los portadores, y declaré que los que desearan volver á Tabora con el P. Menard eran libres. Ocho solamente se prestaron á acompañarme hasta Ujiji; mas con los seis que me proporcionó el jefe del pueblo y los askaris, juzgué que había suficientes para intentar el paso.

Al momento dispusimos nuestros ligeros bagajes, con dos cargas de tela y una de perlas, y el mismo día el P. Menard, el P. Blanc y el auxiliar Visser tomaron el camino de Tabora.

El día 5 el P. Randabel, el capitán Joubert, el auxiliar Villebrand y yo continuámos nuestro viaje en el bosque. Este es en estas regiones de una belleza imponente, como no la he visto después de los magníficos parques del litoral. Pero aquí, como en los demás puntos, es pobre en flores y mucho más en frutos.

Por el camino Villebrand tuvo un fuerte ataque de

fiebre, y no podía tenerse en la cabalgadura. Desfallecía de sed, y no teníamos agua. Logré reunir en una ancha hoja las gotitas de rocío que abundaban sobre la hierba y le dí de beber. El sol que subía le calentó y pudo proseguir el viaje. De vez en cuando chupaba hierbas húmedas, y así calmaba por un momento el ardor de la sed. Por último, él mismo descubrió en el suelo un trozo de corteza de árbol lleno de agua. El hallazgo de un tesoro no le hubiera sido tan precioso. Bebió hasta la última gota aquella agua roja y espesa, y le pareció deliciosa.

Nuestra aproximación al Usindi puso en movimiento á todo el pueblo. Los habitantes, poco acostumbrados á ver una caravana por aquel lado, creyeron iban á ser víctimas de un ataque del Unyanyembé, y una partida de hombres armados con lanzas y flechas salieron á nuestro encuentro, y acercáronse con audacia gritando y gesticulando como para un combate. A la vista de los blancos se tranquilizaron. Les dijimos el motivo de pasar por su pueblo, y parecieron satisfechos al ver que teníamos más confianza en ellos que en las gentes de Mgombero. Nos instaron que acampásemos en el interior de su tembé, y se mostraron muy hospitalarios con nosotros.

La mayor parte de los guerreros de Usindi estaban ausentes. Dependientes de Mirambo, tuvieron que unírsele para una expedición que preparaba contra los watutas. Esta terrible tribu, hasta aquí su aliada, y que le había prestado enérgico concurso en su guerra contra los árabes, acababa de incurrir en su cólera. Mientras que Mirambo saqueaba é incendiaba Simba, los watutas tuvieron el atrevimiento de arrebatarle sus bueyes. Por esto juró exterminarlos; pero sabiendo que no le sería fácil, llamó en su auxilio un contingente de guerreros de todos los pueblos que le están sometidos.

Desde Usindi fuimos á Usagazi, distante seis kilómetros al Noroeste. Por el camino los portadores oyeron gritar el ave de miel. Al momento dejando los paquetes, fueron en su seguimiento á través del bosque. El ave saltando de rama en rama los condujo directamente á un árbol, en el que se detuvo. Encontraron un nido de abejas, y al instante lo arrancaron con hachitas que llevan siempre en viaje: á poco volvieron con miel de excelente calidad.

Los indígenas no se contentan con la miel silvestre, sino que promueven su producción. En el Unyanyembé, como en el Ugogo, la colmena está contenida en un trozo de tronco de árbol, de un metro de largo próximamente, hendido en dos partes iguales y hueco en el interior. Colócanlo siempre á algunos metros del suelo, y con mayor frecuencia en los árboles, á fin de protegerlas contra las bestias. Para tomar la miel les basta levantar la cobertera. Más lejos, en el Uha, las colmenas tienen la misma forma y están colocadas de la misma manera, pero son de paja primorosamente tejida.

Fuimos á acampar en un pueblecito á la salida del bosque antes de llegar á Usagazi. Dícese que un poco al Noroeste hay otro distrito del mismo nombre, y también muy importante, probablemente el mismo por donde pasó Stanley al volver del Nyanza.

El jefe de todo el país, que habita á algunos minutos del pueblo donde acampamos, nos envió á pedir un presente, y le dí algunas telas ordinarias; reclamó una de color; quise negarme, pero viendo que el terror se apoderaba de nuestra gente, tuve que ceder. El día después,

cuando nos pusimos en marcha, de todas partes nos salieron al encuentro hombres armados, que en nombre del jefe nos impidieron dar un paso adelante. Protesté de la fuerza que se me hacía, pero nada conseguí de aquel obstinado jefe. Entonces escribí una carta al señor Sonthon, que reside en el palacio del sultán Mirambo, y la confié á dos askaris, que se unieron á los dos hombres que enviaba el gobernadorcillo por su parte.

Poco después de la partida de los correos éste nos hizo medir un *hongo*, pero no quise oír hablar de ello. A la noche regresaron los correos, pues los enviados de Usagazi les habían dicho que se volviesen, pues todo estaba terminado entre su amo y nosotros, y que podríamos partir el día siguiente. El jefe temía, á lo que parece, mi carta al Sr. Sonthon, y les había dado orden de no ir hasta Urambo. En vista de esto el día 10 proseguimos la marcha, y al cabo de una hora entráramos en un pueblo considerable, pero desierto, pues el año último lo abandonaron por temor de ser atacados por un jefe enemigo.

En este punto tomamos el sendero que conduce del Urambo á Ujiji, y lo seguimos hasta Ukumbu, á cinco leguas de Usagazi. Pasamos junto á las ruinas de un pueblo destruido por Mirambo. Ukumbu está rodeado de hermosos cultivos, pero ofrece también vestigios de los estragos de Mirambo. Hice al jefe un ligero presente de tela, y quedó satisfecho.

El día 11 continuamos el viaje por el sendero de Urambo, hacia el S. O., en la dirección de Ugara. A una legua de Ukumbu encontramos dos pueblos con magníficos cultivos de maíz: la población, muy numerosa, vino á saludarnos á nuestro paso. Ugara es también muy próspera y posee muchos pueblos de importancia. Desde la altura se nos mostró hacia el Sur el emplazamiento de Mgombero, á unas dos leguas en el bosque, lugar que se ha hecho célebre por su resistencia á Mirambo. Es el único pueblo que resistió al conquistador. Repetidas veces atacado, Mgombero conserva hasta hoy su independencia, debido sobre todo á que posee manantiales de agua en su recinto. Cuando Mirambo vino á hacerles la guerra, los habitantes se encerraron en sus casas, y tras la miserable defensa que forman aquí las fortificaciones de los pueblos, teniendo víveres y agua en abundancia por mucho tiempo, son inexpugnables para Mirambo. Algunos soldados de Europa arrebatarían la plaza por un golpe de mano; pero en el Africa ecuatorial son desconocidos los cañones y las máquinas para batir en brecha, y no se sabe lo que es subir al asalto. Los sitios más formidables limítanse á quemar mucha pólvora en torno de los pueblos sitiados, y especialmente á apoderarse de sus fuentes, casi en todas partes situadas al exterior. Vencidos por la sed los sitiados, huyen á favor de las tinieblas de la noche, llevándose todo lo que pueden.

El camino de las caravanas al salir del gran *pori* desemboca en Mgombero, cuyo jefe impone siempre á los viajeros un fuerte *hongo*. La ruta que tomamos para Usindi es un poco más larga, pero es también más segura á causa de los numerosos pueblos que en ella se encuentran.

En Ugara plantamos nuestras tiendas en un pueblo al que daban sombra árboles magníficos.

Nuestro *niampara* fué á encontrar al sultán del país y le dijo que éramos grandes amigos de Mirambo, y que había de tratarnos con respeto y no hablarnos de

hongo. El sultan vino á vernos en nuestra tienda y nos ofreció un carnero; en correspondencia le regalé algunas telas.

El día siguiente volvió el sultan y nos ofreció otro carnero, instándonos para que nos quedásemos algunos días, en que el camino ofrecería menos peligros. Al parecer nos hablaba con buenas intenciones y su consejo podía ser excelente; pero era también verdad que nuestras telas disminuían rápidamente, y que nos quedaba aún mucho camino que hacer. Declaré, pues, al sultan la necesidad que nos obligaba á partir al momento; y que si la ruta del Uvinza era impracticable, nos indicase otra. No quedaba más que la del Uha. ¡El Uha! este nombre sonaba mal á nuestros oídos. Stanley habla de él en términos deplorables. ¡*Hongos* por todas partes como en el Ugogo, y sólo teníamos las telas suficientes para vivir!

—Precisamente porque nada tienes, dice el jefe, puedes pasar el Uha. No se puede hacer pagar el *hongo* á quien nada posee.

Nos decidimos, pues, á pasar el Uha, juzgando que los derechos de pasaje eran menor mal que la guerra.

El 13 por la mañana nos despedimos de los habitantes de Ugara. El sultan, á quien se habían unido cerca de cien guerreros de los distritos vecinos y algunos rugas-rugas de Mirambo, se puso en campaña por el camino del Uvinza, y nosotros tomamos al Noroeste la dirección del Uha: cuatro horas después llegamos al pueblo de Kisué, situado en la margen izquierda del Gombé del Norte. Este pueblo forma aquí el límite del territorio habitado por los unyamuezis.

Esta importante tribu está dividida en dos grandes partidas: los unyamuezis, que reconocen la autoridad del sultan de Kuikuru, sostenido por los árabes y que habitan el Unyanyembé, y los que están sometidos á Mirambo. Todos ocupan pueblos fortificados. Los más antiguos están rodeados de una espesa empalizada de euforbios, y los de construcción reciente tienen una cerca parecida á los tembés de Ugogo. Sus chozas son redondas, grandes y bien hechas; el techo, en forma de cono, descende hasta un metro próximamente del suelo.

Los hombres van vestidos con enaguillas de tela, y sus armas son la lanza, el arco, las flechas y el rompecabezas, de las que nunca se separan. Cada cual se arregla la cabellera á su gusto. Unos se la dejan crecer, otros la rasuran completamente, y otros la llevan en parte y la disponen de la manera más extraña.

Su religión, como la de todas las tribus que he visto hasta ahora, parece se limita á algunos sortilegios y prácticas supersticiosas. Tienen idea de Dios, y con mucha frecuencia miran el cielo cuando hablan de Él. Vese con frecuencia junto á las cabañas pequeños techos de paja, de dos á tres pies de alto, especie de groseros santuarios consagrados á los espíritus, pero en desorden y descuidados. En cada pueblo hay un hechicero, á quien se respeta mucho, habiendo algunos que gozan de mayor autoridad y poder. Dedicánse á hacer *dauas* para curar las enfermedades, para conocer los secretos, descubrir á los autores de un robo, de un asesinato, para llamar la lluvia ó el buen tiempo, para arrojar las aves de los campos de *mtama* y de maíz, etc. Sus insignias consisten en dientes de fieras, cuernos, garras, hachesitos de raíces particulares, calabacinos llenos de estiércol ó ceniza, todo arreglado á gusto del dueño y de la manera

más extravagante. A menudo se pintan la cara y el cuerpo con tierra roja, lo que les da un aspecto horrible. Estos infelices, sin duda bajo la inspiración del diablo, parece quieren borrar todo lo posible en sus personas la imagen de Dios para formar la de la bestia. Hemos encontrado uno que se fijó en la frente dos largos cuernos de antílope. Se le hubiera tomado por uno de esos demonios representados en nuestras iglesias antiguas.

El cultivo es muy honrado entre los unyamuezis. Todos se dedican á él, hombres y mujeres. Tienen también marcado gusto para los viajes, y ellos son los que hacen los transportes desde la costa á Tabora y de ahí á los grandes Lagos.

Su industria es casi nula. Limitase á la vajilla, á las telas de corteza de árbol y á algunos trabajos en hierro, como azadones, cuchillos, lanzas y flechas. La instalación y los útiles son de lo más primitivo. Dos sacos de piel de cabra sirven de fuelles; una gruesa piedra, de yunque, y otra piedra, de martillo. Para las obras delicadas sirven de tenazas y un martillo de fabricación indígena.

Los unyamuezis son poetas y músicos. Cantan siempre, y tienen himnos para la guerra, para los viajes, para el cultivo, para triturar los granos en el pilón y molerlos en la piedra. Sus cantos, llenos de melodía y de entusiasmo, son populares y repetidos en las tribus vecinas.

La región de los grandes bosques acaba en el Gombé: en Kisué, por primera vez después de los alrededores de Tabora, nuestra mirada se extiende por un vasto horizonte, y podemos descubrir, á la otra parte de una llanura inmensa sin árboles, las elevadas mesetas del Uha.

El 15 bajamos el Gombé. En esta época el río no tiene corriente. El agua estancase entre las hierbas y forma un pantano de unos 100 metros de ancho, que pudimos atravesar sin mucho trabajo. Después de las fuertes lluvias toda la llanura queda inundada, y no es posible aventurarse en ella sin una barca. Las aguas se corren entonces hacia el Sudoeste y se unen al Malagarazi.

Al cabo de cinco horas de marcha en la llanura llegamos á otro riachuelo cuyo cauce, de 15 metros de ancho, sólo contenía agua lodosa. A una legua de allí hay un pueblo considerable poblado especialmente de watusis. Fuimos á acampar en él. Hermosos rebaños de bueyes pacían por los alrededores, y nos procuramos leche, lo que no habíamos podido hacer en todo el viaje.

Los watusis son una tribu de pastores venidos del Sur. No tienen territorio particular, sino que están diseminados ante los unyamuezis, en el Uha, á orillas del Nyanza y hasta el país de Mtesa; su única ocupación son en todas partes los rebaños. A pesar de esta difusión conservan su originalidad, sus usos y costumbres y su tipo. Son de elevado talle, rostro regular y que revela inteligencia, los labios delgados y la tez más clara que los indígenas entre quienes viven. Sólo se casan con gente de la misma tribu, lo que explica la pureza de raza que conservan. Trabajan perfectamente las pieles y las prefieren, sobre todo las mujeres, á las telas para cubrirse. Los árabes de Tabora les confían el cuidado de sus rebaños y les dan en recompensa la mitad de los productos.

El pueblo en que estábamos, depende aún de Miram-

bo, y hace dos ó tres años extendió sus conquistas hasta el Malagarozí. Antes de esta época el jefe de todo el país era Kiti, que vivía en una bella colina al Sur y á una legua de nuestro campamento. Mirambo le atacó allí; Kiti vencido tomó la fuga, y se refugió hácia el Norte, donde vive en paz. El conquistador designó un nuevo jefe, que fué su vasallo. Este, advertido de nuestra llegada, vino á visitarnos, y merced á la protección que nos concedía Mirambo nos trató muy bien. Ofreciéndonos un carnero, una cabra, pombé y leche. Según la costumbre le presenté en telas un regalo de valor por lo menos equivalente, y quedamos grandes amigos. Nos aconsejó tomásemos un día de reposo para prepararnos á la *kiriken*, que habíamos de hacer para llegar al Malagarozí. Seguimos su parecer.

El 17 continuamos nuestra marcha al través de la llanura. Al cabo de una hora el *Kirangozi* se detuvo junto á un pueblo destruido, donde había agua. A medio día cada cual llenó de agua su calabacino, y proseguimos la marcha bajo un sol de fuego y por una llanura sin sombra. A pesar de que lo áspero del sendero hinchaba los desnudos piés de los portadores, marchamos hasta la noche, y acampamos en campo raso, sin rodearnos con una barrera de ramaje por falta de árboles.

Durante la noche nos despertó el rugido de los leones, que rondaban á corta distancia: nuestra gente hizo grandes fuegos con hierbas secas, y esto bastó para impedir que se acercasen más.

Una hora antes de salir el sol partimos para el Malagarozí. La frescura de la noche no fué suficiente á cal-



AFRICA ECUATORIAL.—Vista de Ujiji, junto al lago Tanganika. (Pág. 471).

mar nuestra sed. El rocío, como siempre, fué muy abundante; con los vasos pudimos recoger un poco y refrescarnos la boca. Pero en breve el sol lo secó todo y abrasó la llanura. A lo largo del camino mascamos tallos de hierbas, templando así por un momento la sed, que se hacía sentir cada vez más.

A la tarde ví que los guías, que iban delante, volvían acompañados de un indígena, quien les dijo que habían equivocado el camino, y se ofreció á conducirnos á un pueblo cuyos grandes árboles nos mostró hácia el Sur. Tenía en su calabacino un poco de *ugui* (especie de papilla muy clara), y se lo compramos por algunas cápsulas. Lo bebimos con avidez, mas en nuestros gaznates abrasados desapareció como algunas gotas de agua en un horno.

Después de cerrar el sendero con espinas para indicar á los que iban rezagados, que no lo siguiesen más, seguimos al nuevo guía á través de las malezas.

Al cabo de media hora llegamos á un receptáculo de agua lodosa, y cada cual se precipitó á ella y bebió á su sabor sin preguntarse si era buena ó mala. En veinte y cuatro horas habíamos andado quince sin comer ni beber. Nunca, ni en el desierto, habíamos padecido tanto por la sed. Después de algunos momentos nos dirigimos al pueblecito de Kabuza, distante media legua, donde llegamos extenuados de sed y de fatiga. Allí nos esperaba una marmita llena de *ugui*, que probamos con delicia. Este es el gran remedio de los indígenas después de una sed excesiva; y efectivamente, es un brevaie á la vez refrescante y muy sano. Reinó en todos una alegría

mayor que de ordinario. Teníamos á dos pasos el Malagarozí con sus aguas abundantes, y los calabacinos se llenaban y vaciaban á placer.

Oíanse fusilazos por la parte del Uvinza: eran nuestros amigos del Ugara, que se batían en el Malagarozí. Se nos dijo despues que habian sido rechazados con pérdidas.

El día 19 descansámos en Kabuza junto al río, donde abundan el pescado y los cocodrilos. Era el primer río digno de este nombre que se encuentra despues del Mconducia, en el Usagara, y su cauce puede tener unos treinta metros de ancho. Aquí corre más ó menos del Noroeste al Sudeste, y más lejos se dirige al Oeste y va á echar sus aguas en el Tanganika, á pocas leguas al Sud de Ujiji, despues de recibir en el trayecto muchos riachuelos tributarios. Sus aguas amarillas y profundas corren lentamente entre dos riberas adornadas con lianas y grandes árboles, y lo atraviesan con troncos de éstos ahuecados. El pasaje nos costó siete *dotis* de telas blancas (21 metros próximamente), cuatro para el jefe del pueblo y tres para los pasadores.

Los campos que rodean Kabuza estaban llenos de judías verdes. Hnbiéramos deseado un plato de esta excelente legumbre, mas los indígenas no quisieron vendérsola, pues decían que no habian hecho aun el *daua* de costumbre para que pudiesen empezar á cogerla, y vendernos de ella hubiera sido echar á perder toda la cosecha. No quisieron decirnos en qué consiste este *daua*. Los indígenas en todas partes tienen secretas, á lo menos para los blancos, sus prácticas supersticiosas, y aún no he podido saber en qué consisten sus sortilegios.

El 20 de enero pasámos el Malagarozí. A pesar de nuestro escaso número la operacion exigió cerca de tres horas. Las piraguas no podían tomar más de dos hombres á la vez y los pasadores eran lentos en la maniobra. Los jumentos tuvimos que izarlos con la cuerda, y para que no fuesen presa de los cocodrilos espantámos á éstos dando fuertes gritos.

En la márgen derecha del río se extiende una vasta llanura pelada que se levanta insensiblemente en meseta hácia el Oeste. Despues de andar tres horas llegámos á los primeros lugarejos del Uha propiamente dicho. Aquí no hay pueblos fortificados como en el Unyanyembé. Las chozas están dispersas en la llanura en grupos de tres ó cuatro. Algunos cultivos poco extensos rodean esos lugarejos, y pacen por todas partes numerosos rebaños. En estas ricas y apacibles comarcas falta completamente la madera.

Fuímos á acampar en territorio de Kimegni, sultan de todo el Uguru, provincia meridional del Uha, que nos envió un mensajero para decirnos que queria hacer amistad con nosotros.

A nuestra llegada Kimegni jugaba al *bao*, juego favorito de todos los negros del Africa, y que se compone de una plancha en la que hay practicados treinta y dos agujeros de la dimension de un hueyo y colocados en cuatro líneas paralelas, destinados á recibir los huesos de frutas ó guijarros con que se juega.

El sultan nos recibió con amabilidad, y despues de señalarmos sitio para plantar nuestras tiendas nos dió un gran vaso de leche.

Despues de una detencion forzosa de algunos días á causa de un ataque de fiebre que me impedía la marcha, el 25 préstome el P. Kandabet el jumento que acostumbraba montar, y partímos de Kimegni.

El día siguiente franqueámos el ribazo que separa la llanura de Malagarozí de la del Rusongui, su afluente, y fuímos á acampar en el pueblo de Kabirigui. En la llanura de Rusongui hay chozas diseminadas como en la del Malagarozí.

Kabirigui, que estaba enfermo, nos pidió remedios y nos regaló dos cabras. Luego, mediante algunos metros de tela se brindó á señalarmos dos guías, que nos conducirían á través del *pori* hasta dos días de Ujiji, y de este modo nos haría evitar los hongos. Aceptámos, y permanecímos el día siguiente á fin de proveernos de víveres para atravesar el *pori*.

Multitud de curiosos venidos de todos los puntos de la llanura sitiaron nuestra tienda. Harto distantes de Ujiji para ir á vender allí la manteca, y no viendo nunca caravanas, los habitantes del Uguru carecen de telas. Cúbrese con pieles, que atan á la espalda, y dejan caer libremente por delante y por detrás. Los niños y las niñas van completamente desnudos. El tipo de los wauhas es muy bello. Son de elevada estatura y de formas y rasgos agradables: encuéntrase en ellos cierta distincion de maneras y una fiereza natural que no tienen los unyamuezis. Se saludan con mucha urbanidad. Los hombres se adelantan uno hácia el otro, se toman ambas manos inclinándose ligeramente y dirigiéndose numerosos saludos. Las mujeres reciben éstos presentando la espalda á los hombres, que ponen en ella las manos. Desde la costa en ninguna parte habíamos encontrado entre los indígenas formas tan corteses. Hasta su traje es más delicado, mejor adornado y hecho con más gusto que en la mayoría de los negros. Respecto á las armas, parece menosprecian el arco y las flechas, y se contentan con la lanza.

El 28 estalló un violento huracan, seguido de una fuerte lluvia que duró todo el día.

Partímos el 29 y los nuevos guías, antes de abandonar el pueblo, hicieron un *daua* contra la lluvia, y evitaron pasar con nosotros por la puerta grande.

La lluvia de la víspera habia convertido la llanura en un pantano lodoso, y despues de algunas horas de fatigas los bagajeros pidieron detenerse en un pueblecito de la parte de Rusongui.

El 30 bajámos á este río, y cual no fué nuestra pena viendo que tenia más de veinte metros de ancho, y que sus aguas eran profundas, y rápida la corriente!

Volvimos al pueblo, y apenas plantadas nuestras tiendas desatóse una lluvia torrencial.

Hablábamos ya de cortar árboles á fin de construir una almadía, cuando un hombre del pueblo nos propuso enseñarnos un vado por el que habia pasado con agua sólo hasta el pecho.

Sin embargo, continuaba la lluvia, y el tiempo era pésimo cual nunca. Acercándose la fiesta de la Purificación, ofrecimos á Nuestra Señora de Africa una novena á fin de que nos alcanzase de Dios el buen tiempo necesario para llegar á Ujiji.

Al medio día cesó la lluvia, serenóse el cielo, y el mismo día pudimos partir. El hombre que nos guiaba al vado lanzóse al río animosamente. El agua no le pasaba del pecho, pero la corriente era muy fuerte. Con todo, mediante algunas precauciones pudimos pasar. Los guías reclamaron absoluto silencio.

—Nada de ruido ni de palabras, decían en voz baja y poniéndose la mano en la boca, ó sino el río va á ofenderse y nos devorará.

Excelente medida, á la verdad, pues con el ruido y el desórden es de temer un accidente; pero á los negros en todo les gusta el misterio.

Las aguas corrian por un lecho de rocas agudas y cortantes; era probablemente mineral de hierro, de que abunda todo el país. Esta dificultad y la violencia de la corriente obligó que cada uno de nosotros fuese auxiliado por dos askaris. Felizmente no teníamos que temer allí los cocodrilos, que prefieren las aguas tranquilas.

Desde el río fuimos á un pueblecito fortificado y oculto entre verdor, que nos dijeron pertenecía al Uvinza. Los habitantes nos recibieron bien, y el jefe nos dió otros guías para que pudiésemos pasar sin obstáculos un dilatado y espeso bosque.

Después de una marcha de dos días, cruzamos el Rugufon, río pantanoso y lleno de hierbas, cuyas aguas corren lentamente hacia el Sur y van á engrosar el Malagarozí. Durante estos dos días habíamos franqueado una vasta meseta cubierta de bambúes, cuyos graciosos bosquecillos daban al país un aspecto muy agradable. A nuestra derecha y á cosa de un día de camino, la vista se detenía en los montes del Uha, de donde bajan gran número de riachuelos. Estos montes, inclinándose hacia el Suroeste, se prolongan hasta Ujiji.

El día siguiente, 3 de febrero, fué penosísimo: primero dos miserables riachuelos, de pocos metros de anchura, pero encajonados y muy profundos, detuvieron nuestra marcha. Para pasar nos fué preciso echar un puente de árboles y ramaje. Desde allí los guías nos metieron en un pantano interminable, del que no salimos hasta después de dos horas de penosísimos esfuerzos.

Tras un breve descanso subimos la montaña en silencio á fin de no llamar la atención de un pueblo á cuyo jefe temíamos. Luego bajamos á un valle angosto y profundo, donde tuvimos que cruzar nuevos ríos, y siguieron otras montañas, otros pueblos y otros ríos.

Marchábamos siempre con la esperanza de llegar á Munzi, situada en la cresta que teníamos á nuestro frente, mas la fatiga de la jornada habia gastado nuestras fuerzas, y apenas podíamos andar. Para colmo de desventura nos sorprendió por el camino una violenta lluvia, que no nos dejó hasta Munzi, á donde llegamos extenuados á las tres de la tarde.

Hubiéramos deseado un buen fuego para calentarnos y secarnos. Mas ¿dónde encontrar madera seca? Sólo conseguimos hacer humo. Por la noche nuestra cena fué mal cocida, y aunque muy hambrientos, la tocamos apenas. ¡Oh, cuánto bien nos hubiera hecho entonces la cena más frugal de los campesinos de nuestra patria! ¡Con qué reconocimiento hubiéramos recibido la limosna de un pedazo de pan y de un poco de caldo caliente! Carecíamos de todo después de tantas fatigas. Nos fué preciso acostarnos con los cobertores enteramente mojados.

Fuerza nos fué tomar un día de descanso en Munzi. Este es un magnífico país de montañas, en cuyos flancos habita numerosa población. Al Oeste se nos mostraba una colina tras la cual está situada Ujiji. Dos días más de esfuerzos y llegaremos al fin de nuestro viaje.

El 5 de febrero poco antes de ponerse el sol, los guías vinieron á decirme gozosos:

—¡Buana, el Tanganika! ¡vén á ver el Tanganika! Una línea plateada se extendía detrás de la colina

que ocultaba Ujiji y frente de una cordillera de elevados montes.

—¡Tanganika! ¡Tanganika! gritaron nuestros hombres llenos de júbilo.

Un reflejo de sol poniente iluminaba el lago, y contemplamos con avidez aquella agua brillante, como los judíos del monte Horeb saludaron la tierra prometida. En lo íntimo de mi corazón invoqué las bendiciones de Dios sobre los pueblos que habitan sus orillas.

Salimos de Munzi, y después de seis horas de marcha en los montes y paso de un río, llegamos al importante distrito de Uyanga, que extiende en una vasta llanura gran número de chozas. En Uyanga celébrase mercado todas las mañanas, y van á él desde Ujiji para comprar sal, manteca, cabras, miel, etc., á cambio de telas y perlas.

El día 6 se nos unió una caravana de treinta hombres cargados de sal, para pasar las montañas desiertas y cubiertas de bosque que separan Uyanga de Loanda antes del puesto de Ujiji. Estas montañas tienen muy mala fama, pues sirven de guarida á las bandas de ladrones.

Al cabo de tres horas de nuestra marcha de Uyanga llegamos al Liutché, río en aquel punto de 25 á 30 metros de ancho, y de impetuoso curso. Baja del Urvandi, atraviese el Uha y se precipita en la bahía que hay al Sur de Ujiji. Lo rodeamos sin accidente: desde allí el sendero sube serpenteando los flancos abruptos de las hermosas montañas cubiertas de bosques desde donde la vista descubre hermosos panoramas. Ora el Liutché lanza sus espumosas aguas en un precipicio; ora el Tanganika se nos aparece con toda su majestad, y detrás de él los soberbios montes del Ugoma.

Después de las montañas teníamos que atravesar el torrente de Loanda y luego el pantano que forma en la llanura. Las lluvias lo habían llenado, y durante cerca de media hora tuvimos agua hasta la cintura. Hacia nueve horas que caminábamos sin descanso, y habíamos agotado todo lo que nos quedaba de fuerzas y energía. Mas esta vez estábamos al término, pues Loanda sólo dista una legua de Ujiji.

El 7 por la mañana nos mudamos el traje lodoso y hecho girones del viaje por otro más limpio. Ibamos á partir cuando un negro de Ujiji vino para darnos una carta que el P. Moinet le dejó para nosotros. Era Djuma, el guardián del tembé de la Misión. Advertido durante la noche de nuestra llegada, se apresuró á venir á nuestro encuentro. Una hora más tarde llegamos á las primeras chozas de Ujiji. (Vease el grabado de la página 469). Al momento nuestros hombres, satisfechos por haber conducido á los blancos hasta el término de su viaje, daban muestras de su regocijo haciendo salvas de fusilería. En breve la muchedumbre se estrechó en torno nuestro, y á cada paso recibíamos el saludo árabe. Así llegamos á nuestro tembé, donde nos introdujo Djuma.

Una mesa de cañas cubierta con una estera, dos camas de piel al estilo del país y algunas sillas trabajadas por los Padres formaban todo el mobiliario: en los huecos practicados en la pared habia números de *Las Misiones católicas*, que nos complacíamos en releer.

Los árabes nos manifestaron tan buenas disposiciones como es posible esperar de ellos, sobre todo el gobernador Munié Heri, quien nos habló largamente de la suma amistad que le unía con el P. Deniaud, de los servicios

que le prestó para el establecimiento de las Misiones del Urundi y del Masanzé, del pesar que le causó su muerte, y de la venganza que tomó de ella. Su sobrino Buana Kombé, jóven inteligente y activo, vino á vernos con frecuencia.

Nuestro intento era permanecer poco tiempo en Ujiji. Enviámos luego una carta á nuestros compañeros en una embarcacion que partia para el Masanzé, y al cabo de algunos dias tuve el gozo de estrechar en mis brazos al P. Deniaud.

A poco llegó una parte de los soldados de Tipo-Tipo. Habia concluido la guerra, y quedado éste vencedor, muriendo ó fugándose los principales jefes del Uvinza. Sólo le faltaba organizar la nueva administracion del país, despues de lo cual volveria él mismo. Todo el mundo estaba poseido de entusiasmo. Era esta en efecto una buena noticia para Ujiji. El camino estaria seguro en adelante, y ya no existirían los *hongos* en el Uvinza.

Algunos dias despues vogámos hácia el Masanzé y durante el trayecto pudimos contemplar las bellezas de la costa del Uha y del Urundi, y advertir por las peñas de la orilla, de la altura que tenia el lago antes que el Lukuga, su vertiente, hubiese roto el dique de hierbas y arena que lo obstruía. A la llegada de nuestros compañeros, hace tres años, el lago alcanzaba aún esta altura: despues ha bajado más de tres metros. Casi todos los indígenas atribuyen esta baja enorme á los sortilegios de los blancos, á quienes creen capaces de secarlo por completo.

Seguímos la costa hasta Ruegné, distrito á pocas horas de Amongué, en que habia el puesto del Urundi. Luego cruzámos el lago doblando el cabo Canza, que termina al Norte la península del Ubuari. Mostráronnos al Este del cabo, cerca de la costa, un islote donde dicen hay uno de los más temibles *mzimus* del lago. Casi todos los peñascos que se adelantan en la costa pretenden son habitados por estos espíritus, pero no todos tienen el mismo poder. Cuando los barcos pasan cerca no dejan de hacer una ligera ofrenda para que les sea propicio el *mzimu*. Si alguno en la embarcacion pasa por allí la primera vez, ha de beber del agua que le presentan en el extremo de una pagaya. Los remeros creen que nosotros somos más poderosos que los *mzimus*, y por consiguiente estamos dispensados de ofrecerles nuestros homenajes como los simples mortales.

Pasámos sin dificultad, y el 3 de marzo de 1882, al cabo de seis dias de penosa navegacion desde Ujiji, tres meses despues de nuestra partida de Tabora, desembarcámos en Mlueana, en el Masanzé, al pié del ribazo donde se levanta la Mision. Nuestros compañeros salieron á recibirnos con sus niños é indígenas. Inexplicable fué nuestro gozo al vernos reunidos. Tomámos en seguida el camino de la Mision, distante unos 300 metros de la orilla. ¡Con qué dicha y reconocimiento nos arrodillámos á los piés de Nuestro Señor, en la humilde capilla donde se digna residir en medio de sus misioneros!

Mucho consuelo experimentámos tambien los dias siguientes al hacer todos los ejercicios de piedad en el silencio y en la paz despues de las disipaciones y agitaciones de un largo viaje. Nuestros compañeros gozaban de excelente salud: habitaban una casa provisional edificada á la ligera, pero suficiente para darles abrigo. Al rededor se extendían cultivos prósperos de yuca, patatas, arroz, etc. Veíanse tambien legumbres de Europa

y algunos ensayos de candeal. Los niños parecían muy contentos con su suerte. Reinaba entre ellos un entusiasmo y alegría poco comun en los negros. Siete de ellos eran catecúmenos, y los demás postulantes. Todos rezaban mañana y noche, y oían las instrucciones del catecismo. Los indígenas del pueblo continuaban mostrando buenas disposiciones, y los Padres confían poder predicarles en breve el Evangelio.

Teníamos á la vista una reducida cristiandad naciente que promete ir creciendo con la ayuda de Dios. Se va formando humilde y tímidamente aún; su influencia no se extiende más que á un pueblecito sin importancia. Es el grano de mostaza echado en la tierra. ¡Dígnese Nuestro Señor bendecirlo, aumentarlo y hacer de él un árbol frondoso que se extienda sobre todos los pueblos de los alrededores! *Fiat! Fiat!*

TUNG-KING CENTRAL.

Carta del P. Juan Pagés, del Orden de Predicadores.



OMO la pluma para hacer la relacion anual del partido que está á mi cargo, llamado Quancung.

Este año dimos principio á la administracion anual publicando el jubileo que Ntro. Smo. Padre Leon XIII se dignó conceder á la Iglesia universal. Los cristianos de este vicariato para recibir los santos sacramentos de la Confesion y Comunión se preparan con la oracion, ayuno y meditacion diaria de tres, seis, diez ó más dias, segun se lo permiten sus posibilidades domésticas. Porque muchos de ellos bien desearían tener más dias de ejercicios; pero no les es posible por su extremada pobreza. Así es en efecto, y el día que no trabajan no tienen que comer, pues su jornal es su vida. Esto es un hecho en la mayoría de los tung-kinos.

De aquí la necesidad natural que tienen de ayunar en la Cuaresma, aunque no se les impusiera de penitencia. Solamente hay la diferencia, que el día en el cual ellos dicen que no ayunan comen cualquier cosilla, un plátano, por ejemplo, ó dos chapecas de camote, con lo cual aguantan hasta cualquier otra hora en que tal vez podrán hacerse con otro tanto ó añadir alguna cosilla más: los más acomodados añaden algun plato de arroz, y así van trampeando y divirtiendo el hambre un día y otro día. Pero en los dias de ayuno no hacen esto, sino que se abstienen de todo, excepto algun bocado de betel que se considera como el fumar en otras partes, y de esta manera aguantan hasta la hora del medio día, y entonces comen lo que han podido proporcionarse, lo cual, por lo comun, es un buen plato de arroz y algunas verdurillas, si ya no es más que un plato de puches de camote ú otro farináceo, como lo he visto muchas veces.

Estas son las comidas ordinarias de estos pobrecitos anamitas. No obstante de todo esto, son tan sencillos y fervorosos, que aguantan de esta manera dos, cuatro, seis y más dias para poder confesarse. Y no solamente esto, sino que van tambien lejos uno ó dos dias de camino para poder encontrar proporcion de confesar. Porque aquí se cumple lo que dice Jesucristo en el Evangelio: *Messis quidem multa, operarii autem pauci*. Pues ya sabe V. R. que un solo sacerdote tiene que cuidar de tres, cuatro y seis mil almas diseminadas en varias poblaciones que forman otras tantas cristiandades.

Además hay un gran número de cristianos en todos los partidos que no solamente confiesan una vez al año, como manda nuestra santa Madre Iglesia, sino que entre año confiesan varias veces por devoción. En el tiempo de la administración anual por lo general nos sentamos en el confesonario tres veces al día. Una después de la misa hasta cerca medio día. Otra desde las dos ó las tres de la tarde hasta las cinco ó las seis. Y finalmente desde las siete hasta las diez ú once de la noche. Pues bien, á pesar de todo esto no es posible confesar á todas las personas que están esperando al rededor del confesonario. ¡Qué sentimiento causa al levantarse uno del confesonario oír decir que quedan aún algunas personas que han venido de lejos, y hace ya dos ó tres días que están esperando, sin haber podido tomar vez por el mucho concurso de los confesandos! Mucho más cuando uno considera que tal vez son del número que he dicho arriba, esto es, faltos de alimentos por su extremada pobreza. ¡Todo esto ciertamente que parte el corazón! Aunque se prescindiera de la regla y se les administrara toda la noche, tampoco se acabarían, y dar limosna para mantener á tantos famélicos no hay posibilidades que alcancen. Por lo cual repito que uno se levanta del confesonario con el corazón partido de dolor, viendo que *parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*: estas palabras de Jeremías, bien que dichas en otro sentido, en algun modo se pueden aplicar aquí. Porque aunque no es por culpa nuestra, pero para los pobres cristianos el resultado es que se quedan como aquellos de que habla el santo Profeta.

Ciertamente que se necesita tener la fe y devoción de estos pobres y sencillos neófitos para hacer todo lo que ellos hacen para poder confesarse. No obstante, ellos son tan fervorosos que, con tal que hayan podido confesarse lo tienen por muy bien empleado; y se vuelven á sus casas muy contentos y alegres por haber cumplido con el precepto pascual. Preguntará tal vez V. R. ¿qué es lo que hacen esos infelices esperando tantos días sin poder confesarse? Respondo que los emplean en meditar, examinar su conciencia y rezar en la iglesia, que para esto son incansables. En confirmación de ello voy á referir un caso entre otros mil que podría aducir, el cual no hace mucho que me pasó en el confesonario. Es de un viejo setenton, tercero de la Orden, que me hizo la siguiente consulta: En un día de fiesta en que el Padre estaba lejos en el pueblo tal, no pude ir á oír misa, porque estaba delicado y llovía. En cambio, y para cumplir con la Iglesia, recé siete rosarios enteros... ¿Qué dice el Padre, es suficiente? Sí, hombre, le dije, y te sobra; y el buen viejo se quedó muy tranquilo. Mas conviene advertir que estos tung-kinos no rezan el Rosario sólo materialmente, sino que además del ofrecimiento de los misterios que recitan de memoria, antes y después añaden una retahíla de letanías y oraciones, por ejemplo los actos de fe, esperanza y caridad, que duran más que el mismo Rosario. Lo más maravilloso es, que después de todo eso se quedan tan descansados, como si nada hubieran rezado, siendo así que todo lo han rezado en alta voz como acostumbra. Dios nuestro Señor y la santísima Virgen del Rosario les conserven tanta sencillez y devoción hasta la muerte. Estando en la administración de cierto pueblo, sin duda por la novedad y gracia del jubileo, pude conseguir que se arreglaran y confesasen una exprefecta de toparquía y sus dos hijos y dos hijas, los cuales todos andaban bas-

tante á medias sobre las obligaciones de cristianos. Exhorté también al exprefecto para que se dispusiera á recibir la gracia de Dios, que tan abundantemente la comunicaba y derramaba sobre los pecadores en el tiempo del jubileo, que lo es de bendición y de gracia. Me contestó que urgaria á su mujer é hijos para que se confesaran; pero que á él no le era posible por ahora, pues estaba muy enredado... Yo á mi vez le repliqué diciendo:

—Vén con frecuencia, y verás cómo te ayudo á desenredarte con mucha facilidad y con muy poco trabajo.

Y él me respondió diciendo:

—Yo bien quisiera ir á visitar el Padre muchas veces; *nhung-ma, khon-lam*, quiere decir; pero es una calamidad, mucho trabajo! Porque casi siempre estoy ocupado en los negocios del pueblo y de la toparquía, y en los ratos que tengo desocupados estoy casi siempre borracho... y estando de esta manera no me atrevo á ir á visitarle, no sea que el Padre me cante las coplas por la irreverencia. Y además que, si el Padre me exhortara en aquel entonces, *cung-chang, duoc-ich-gi*, tampoco resultaría provecho alguno...

Como yo le instase para que se convirtiera cuanto antes, me respondió que dentro de dos años se convertiría. Le añadí:

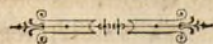
—Y si en este tiempo te asalta la muerte, ¿piensas llamarme para confesarte?

Y él me respondió:

—Pido al Padre que esté muy descuidado, porque estoy cierto que no me moriré; mas si por desgracia llegara el caso, mandaría sí llamar el Padre para que me absolviera de todos mis pecados y travesuras que he hecho.

Verdaderamente que es un bellaco, y de tejas abajo se lo llevará la trampa, atendido su modo de vivir.

Las fiestas de Semana Santa y Resurrección la celebramos con mucha solemnidad y aparato extraordinario, por lo cual hubo un concurso inmenso no solamente de cristianos, sino también de infieles, que acudieron de todos los pueblos circunvecinos. Son las solemnidades que más les gustan, por lo cual hay siempre gran concurrencia. El mes de Mayo ó de María lo celebramos también con mucha devoción y esplendor, según los deseos é intención del señor Vicario apostólico, que pasó circular al efecto, y la santísima Virgen nos concedió dones y gracias especiales, y en particular la paz y quietud del vicariato, amenazadas sobremana. Actualmente hay rumores de una nueva perturbación, y los mandarines de esta capital están en grande alarma, llamando á las armas á muchísimos voluntarios para que vengán á defender la capital en el caso de algun alboroto. Hablan así en general, pero ya se comprenden sus intenciones siniestras. Pero, ¿qué pueden hacer los infelices miserables? Lo que hacen con esto es dar pié para que les estrechen el dogal cada día más fuertemente. Por nuestra parte aunque hay algun motivo para temer, no tememos, porque estamos bajo la poderosa protección de Dios y de la santísima Virgen María, y estamos también ciertos que no nos puede venir cosa que no esté dispuesta por su divina y paternal providencia y para nuestro mayor bien espiritual.



CRÓNICA.

Roma.—En la noche del 5 de diciembre en el local de la Propaganda, los alumnos del colegio Urbano dieron en honor de los Arzobispos y Obispos americanos que estaban en Roma, y que el 13 del mismo mes han concluido sus deliberaciones, una bellísima solemnidad académica. Esta se celebró en la iglesia interior de la Propaganda, convertida en sala para el acto, y adornada con colgaduras de seda, guirnalda de flores artificiales, plantas vivas y numerosas lámparas. Asistieron á ella los cardenales Simeoni, Angel Jacobini, Hassun, Sbarretti, doce Arzobispos y Obispos de la América del Norte, y otros diez ó doce de varias partes del mundo, especialmente del Oriente, algunos de Europa entre ellos los Ilmos. Casañas, obispo de Urgel, Domingo Jacobini y Cretoni, secretario de la Congregación de Propaganda, y un corto número de convidados.

Después de una bella sinfonía que tocó una excelente orquesta, compuesta sólo de instrumentos de cuerda, un alumno americano del colegio Urbano leyó un breve discurso en lengua inglesa.

Después otros veinte y cinco alumnos de diversas naciones celebraron las glorias del Catolicismo en la América septentrional, en composiciones poéticas escritas en las lenguas hebrea, caldea, siríaca, armenia, árabe, turca, china, cingalesa, georgiana, griega literaria y griega vulgar, latina, francesa, céltica, tudesca, holandesa, dinamarquesa, inglesa, eslava, ilírica, albanesa, rusa, bohemia é italiana. El título y argumento de cada una de estas composiciones era anunciado en italiano por el que la leía. La composición italiana fué leída con acento romano por un alumno natural de Turquía.

Los alumnos caldeos, sirios, armenios, árabes, turcos, chinos, cingaleses, georgianos, griegos y eslavos, cantaron cada uno como muestra alguno de sus cantos nacionales. Durante los intermedios que hubo en la lectura de las composiciones poéticas cantáronse, con acompañamiento de orquesta, tres magníficos coros.

Así resultó magnífica esta Academia políglota, que sólo en Roma y en la Roma papal, puede celebrarse.

—El misionero P. Delatre ha obtenido en la Exposición universal de Amsterdam, un diploma de honor, esto es, la más alta recompensa, por la parte de su colección del Museo arqueológico de Cartago que había expuesto.

Maduré (Indostan).—El Ilmo. Canoz, de la Compañía de Jesús y vicario apostólico, nos escribe desde Trichinopoly el 16 de octubre de 1883:

«El P. Fabre se ocupa en estos momentos en volver al Catolicismo á los infelices cristianos seducidos por los protestantes durante la época del hambre. Como estas ovejas extraviadas pertenecían á la jurisdicción del arzobispo de Goa, hemos tenido que vencer grandes dificultades; pero por último, con la gracia de Dios, el P. Fabre ha conseguido volver á cuatrocientos y espera acabar por convertirlos todos.

«En el mes de setiembre comuniqué á los misioneros de mi vicariato la carta de S. Ema. el cardenal Simeoni, prefecto de la Congregación de la Propaganda, que nos pedía, de parte del Soberano Pontífice, oraciones para las necesidades de la Iglesia, durante el mes de octubre, en honor de Nuestra Señora del Rosario. Desde los primeros días del mes, en todas las iglesias y ca-

pillas del Maduré se empezó á rezar el Rosario. Un misionero del Tuticorin, el P. Laventure, me ha escrito acerca este punto:

«—Tenemos que agradecer á Dios y á su santísima Madre por la solicitud con que nuestros excelentes paraveres han contestado al llamamiento del Sumo Pontífice. Los ejercicios del Rosario se hacen dos veces al día en nuestra iglesia, á las tres de la tarde y á las siete de la noche. Este último ejercicio va seguido con la bendición del santísimo Sacramento. Cada vez está la iglesia llena de fieles que oran con fervor por las intenciones de Su Santidad. La fiesta del santo Rosario ha sido en particular un verdadero triunfo para la fe y la piedad. Los dos días precedentes estuvimos más de diez horas sitiados en los confesonarios, y en el día de la festividad tuvimos el consuelo de ver más de 500 mujeres y más de 300 hombres acercarse á la sagrada Mesa para lucrar la indulgencia plenaria. Todo el día permaneció expuesto el santísimo Sacramento, y los fieles se fueron sucediendo ante el Dios de la Eucaristía, rezando sin cansarse el santo Rosario, y orando con fervor por el Papa y la Iglesia. Por la noche, después de la bendición, se hizo una procesion, llevándose en un trono bajo un magnífico baldaquino la imagen de Nuestra Señora de Lourdes, entre cánticos y oraciones. Nunca he visto tanta gente, ni fuí testigo de tanto recogimiento y devoción. Los ejercicios del Rosario han producido ya mucho bien, y no dudo que la santísima Virgen derramará abundantes bendiciones sobre esos cristianos, tan solícitos por glorificarla.

«Esperamos, con su santidad el papa Leon XIII, que las oraciones de la iglesia universal le alcanzarán, por la intercesión de la Virgen Inmaculada, un completo triunfo sobre todos sus enemigos.»

Hu-pe oriental (China).—El P. Martin Poell, misionero, escribe con fecha 20 de agosto último:

«La miseria es grande en nuestro vicariato. Todos los misioneros refieren con términos desgarradores el desolador espectáculo que se ofrece á sus ojos. Después de haber distribuido todo lo que le quedaba, el Padre Hoffmann, afligido por no poder socorrer más á sus neófitos hambrientos, partió para otra cristiandad donde es menos horrorosa el hambre. El siguiente día al de su partida, más de doscientos cristianos, hombres, mujeres y niños, se dispersaron para mendigar el sustento. Muchos han venido á doce leguas de Han-Ken; pero siendo bastante buenos cristianos para que pidiesen limosna como los paganos, que mendigan amenazando, nada obtuvieron. Todos los emigrados estaban en la mayor desesperación. Les he dado el dinero necesario para que vuelvan á su país, y les he prometido que se enviarían subsidios á su misionero para que pudiese socorrerles. Aun ayer fueron recibidos en el huerfanato ocho jóvenes, que habían sufrido tanto del hambre que fué necesario tomar grandes precauciones al darles de comer. Estamos sólo á principios del otoño; el invierno nos reserva miserias aún mayores. ¡Que el Señor se compadezca de nosotros!»

Repúblicas americanas.—El siguiente relato prueba una vez más la diferencia que existe entre las obras católicas y las pretendidas Misiones luteranas:

Hay un pueblo próspero y de buenas costumbres en la República Oriental, que se llama Porongos, que tiene

A TRAVÉS DE LA INDIA

XVII.

BARODA.

la dicha de tener por párroco á un sacerdote ilustrado, y bastante enérgico para saber sostener pública y privadamente, por la prensa y en el púlpito, los sagrados intereses de la Religión.

Hace poco llegó allí un *evangelista* ambulante, que al mismo tiempo que vendía hierba mate, ofrecía con sendos golpes de bombo ir á *civilizar* á aquellos felices habitantes; enseñándoles las *excelencias* del protestantismo.

Anuncióse con grandes ínfulas, empezando como todos sus congéneres, por soltar las mayores mentiras contra todos los sacerdotes católicos. Con gran sorpresa suya sus retos jactanciosos fueron aceptados en el acto por el Cura Sr. Santa Marina, y la noche que el Luterano esperaba maravillar la población con su sabiduría y dejar mudo y confundido al clérigo *romanista* de la localidad, se halló con la sorpresa siguiente.

En una conferencia á puerta abierta, á las primeras sandeces del Pastor luterano, se levantó el Sr. Santa Marina y con dialéctica poderosa y con un fondo de doctrina propio del que ha profundizado todas las ciencias eclesiásticas, hizo enmudecer al mercachifle dejándolo sin tener qué contestar. Lo que se esperaba fuera una controversia, quedó reducido á la confesión de su propia ignorancia hecha por el que iba á *cristianizar* aquel pueblo, y á que los *barbaros* que iba á *civilizar* se rieran en sus narices, y que el pobre curita de que quería *librarlos* lo dejó á él sin resuello.

Ante tamaño descalabro salió de allí corrido y avergonzado, pero no sin que se vieran pronto las llamardas del rencor que le produjo tal fiasco, en el periódico protestante de Montevideo, donde estamparon negras calumnias contra los curas de Porongos.

En el acto fué encausado criminalmente ese periódico por los sacerdotes ofendidos, no porque necesitaran ante el pueblo, que tan bien los conocía, tal vindicación, sino para aplicar de una vez para siempre el debido escarmiento á los habituados á valerse de medios innobles para extender su propaganda, pues no usaban antes otras armas y recursos que desprestigiar á los sacerdotes católicos, contando con la impunidad.

Si fué dolorosa la sorpresa del Sr. Santa Marina, mayor fué la indignación que sintieron todos los católicos de Porongos ante tales ruindades y concibieron una idea feliz: la de allegar medios seguros y enérgicos de defenderse en lo sucesivo contra tales maniobras, y nada creyeron más eficaz que fundar un *Club católico*, el cual quedó constituido y ya funciona. No sólo con ánimo de defender en toda ocasión los intereses católicos, sino como centro de instrucción donde los conocimientos superiores que completan la educación cristiana serán allí enseñados, como escudo seguro contra los extravíos que puede causar la propaganda impía.

Y hé aquí cómo la decisión de un párroco, y su afán de que todos se cercioraran en público debate de los embustes y malas artes de los *misioneros protestantes*, le ha dado un triunfo de los más halagüeños, puesto que la venganza que contra él quiso ejercerse, se ha trocado en nuevos medios de defensa donde no existían, dando cohesión á los elementos católicos y ardor para la propaganda, después de haber puesto en claro la ignorancia del embaucador audaz que fué pretenciosamente á *civilizar* á un pueblo, que ya era notable por su cultura y sus honradas costumbres.



BARODA es la capital de los Estados de uno de los más poderosos rajahs del Indostan, Khunderao, el Guicowar (1). Un célebre viajero ha trazado el siguiente retrato de este soberano, cuyo huésped fué durante seis meses en 1865:

«Es un hombre de cuarenta y cinco años, de formas robustas y regulares. Su rostro está tostado por el sol; pero el tinte natural de su piel es bastante claro: sus rasgos característicos dan una perfecta idea de este príncipe notable, que á una excesiva bondad en sus relaciones comunes, reúne una crueldad inaudita en otras circunstancias. Lleva la cabeza completamente afeitada, menos un mechoncito sobre la nuca. Resplandece en sus maneras la cortesía y la afabilidad. En vez de hacerse inaccesible como los otros rajahes, abre su palacio á cuantos tienen que someterle una reclamación ó comunicarle alguna cosa.

«Admiróse viendo que yo le contestaba directamente en su idioma guzarati, y durante algunas horas pasó en revista con interés todos los Estados de Europa, preguntándome su importancia, su renta, su forma de gobierno y sus mútuas relaciones.»

El palacio de Baroda nada ofrece de curioso, y sólo llama la atención su inmensidad. El tesoro Real, célebre en la India entera, y cuyo valor se cuenta por centenares de millones, ocupa vastos aposentos, custodiados por numerosos centinelas. Las tropas Guicowar, vestidas y armadas como los cipayos y mandadas por oficiales europeos, constituyen una fuerza bien disciplinada de 15,000 hombres, infantería, caballería y artillería, que apoya el ejército irregular, cuya cifra excede de 50,000 hombres.

El rajah de Baroda desplegó ante el indicado viajero todas las magnificencias de su corte y le hizo asistir á todas las fiestas. Diariamente había cazas, juegos ó combates.

INDOS, BRAMAS Y PARSIS.

I.—Los indos tienen generalmente el rostro oval, la nariz aguileña, la fisonomía regular, y algunos hasta pueden pasar por hermosos. El mayor número son de tez morena, y algunos enteramente negra, con los ojos y cabellos del mismo color. (V. pág. siguiente). Su porte anuncia la timidez, la desidia y el abandono. En el Bengala son de mediana talla y tienen poca gordura; mas en las provincias próximas al Sindh son altos, bien dispuestos, sanos y robustos. En su juventud son activos, inteligentes, y se muestran capaces de progreso en las ciencias y las artes. Son religiosos, afables, honrados con los extranjeros, alegres, amantes de la justicia, sinceros, reconocidos y de fidelidad á toda prueba. Respetan mucho á sus superiores, y en nada tienen la propia vida cuando se trata de servir á Dios. Por lo demás, temen muy poco la muerte, sea que la consideren como el tér-

(1) *Guicowar* significa en maharati *guardian de ganado*. Este nombre, del que están orgullosos los rajahs de Baroda, recuerda su modesto origen. Descienden de una familia campesina, uno de cuyos miembros se apoderó, en 1724, del reino de Guzerati y de Kattyvar, que aún posee el soberano actual.

mino de sus miserias, sea que juzguen que les conducirá á nueva vida mejor que la que dejan. «Más vale, dice uno de sus proverbios, estar sentado que en pié, dormido que despierto, muerto que vivo.»

II.—Los bramas (sacerdotes), salidos de la cabeza de Brama, forman la primera de las cuatro castas indias y gozan de una consideracion ilimitada. Divídense en seis grandes sectas, que se tratan recíprocamente de heréticas. Profesan acerca la creacion tantas opiniones como escuelas forman; todos, sin embargo, concuerdan en el fondo de las cosas, y el inmutable principio de la unidad de Dios ha servido de base á sus sistemas.

Los bramas que quieren alcanzar el estado más perfecto de la vida pasan por cuatro grados de probacion.

El *bramtchari*, primer grado, es el noviciado obligatorio de todo brama. El prosélito se pone bajo la direccion de un *guru* (guia espiritual), estudia los Vedas (libros sagrados), pasa el día en oracion y se sujeta á mil prácticas de penitencia. Este tiempo de prueba dura cinco años para los sujetos escogidos y doce para la mayor parte de los aspirantes, quedando algunos *bramtcharis* toda su vida. El segundo grado (*gerischtz*) y el tercero (*banperitz*) admiten pruebas mucho más rudas. El cuarto está reservado á los bramas que han pasado por los otros tres grados, alcanzando la más alta perfeccion: estos son los *saniasis* y los *yogis*. Afectan sumo menosprecio para las cosas de la tierra, una indiferencia absoluta al desprecio y á la lisonja, y una insensibilidad extraordinaria. El *saniasis* se interna en el desierto

y pasa su vida en una contemplacion de la que nada es capaz de distraerle: el *yogi*, por el contrario, busca las calles y plazas públicas y se desgarran el cuerpo en presencia de muchos espectadores: hace ostentacion y gala de sufrir.

Hoy encuéntrense bramas en todas partes, en las administraciones públicas ó privadas, en los tribunales de justicia, en los palacios de rajahes y las casas de los ricos. Adoptan el traje europeo (V. pág. 477). Algunos se dedican al comercio, y aún hacen tráficos prohibidos; otros son labradores, y los hay que ejercen artes mecánicas.

III.—Los parsis ó guebres, adoradores del fuego, son originarios de la Persia, de donde se expatriaron en 652, después de la destruccion de la dinastía de los Sa-

sanidas por los musulmanes. Fueron acogidos con benevolencia en la India y fundaron algunos establecimientos. En general se aplican al comercio, pero son poco queridos de los mahometanos. Los de Bombay gozan, sin embargo, de gran reputacion de buena fe y probidad. Como sus antepasados, tributan homenajes al sol y al fuego: apagar voluntariamente una lámpara seria casi un crimen á sus ojos; quieren que muera falta de alimento. Los dominadores del país nunca les han permitido tener templos, de suerte que se entregan al aire libre á las ceremonias del culto. La única facultad que se les concede es tener cementerios particulares, en los que exponen sus muertos sin enterrarlos, á fin de que sean consumidos por los ardores del sol.

LA SANTA INFANCIA.

HACE años se estableció y se propagó rápidamente por España y toda la Europa una caritativa y piadosa Asociacion, que tenia por fin recaudar y enviar socorros á China, á fin de librar de una muerte cierta á la multitud de niñas recién nacidas, que sus desnaturalizados padres arrojaban á los ríos ó á que fueran devoradas por las bestias.

Con ese fin los misioneros católicos y las Hermanas de Caridad procedentes de Francia, formaron en China Asilos de huérfanos en todos los sitios donde pudieron, á medida que los recursos que les enviaban de Europa aumentaban.

Después de la gran satisfaccion de salvar de ese modo á una multitud de niñas condenadas á una muerte segura, habia la ventaja para Francia,

de que la influencia de su nombre crecia entre los chinos por tan insigne y desinteresado servicio humanitario, pues franceses eran en su inmensa mayoría los que lo hacian, y tras de éstos se veian venir ventajas políticas y comerciales conquistadas así pacíficamente.

Pero los fanáticos libre-pensadores de la pandilla de Gambetta, en su odio á todo lo que se relacionaba con la Iglesia, han querido herir á los mismos misioneros y Hermanas que se desterraban lejos de su país para esa gran obra, sin considerar siquiera que con sus sacrificios, y con el solo ejercicio desinteresado del bien, también servian en esas regiones lejanas los intereses civiles de la república francesa.

Un libre-pensador, bajo el pretexto de haber sido cónsul en China, se ha atrevido á publicar en Francia un artículo contra la Obra de la Santa Infancia, con el



INDOSTAN.—Hijo del rajah de Baroda. (Pág. 475).



INDOSTAN.—Brama, parsi é indo de classe distinguida. (Pág. 476).

fin de que las gentes caritativas cesaran de enviar sus limosnas para tal objeto. Como en todo el mundo católico está esparcida esa Asociación, y aquí podía hacer efecto la calumnia, debemos anticiparnos, poniendo en claro que no ha tenido otro fin que herir las Comunidades religiosas que sirven en China, como antes se había hecho con las existentes en Francia.

Calumniarlas y privarlas de recursos para que realicen el bien.

Contra esas mentiras llenas de malevolencia, vamos á aducir datos que harán resplandecer la insigne virtud de esos seres sublimes dedicados al bien de sus semejantes tan lejos de su patria, y justificarán la caridad ejercida, y la realidad de los males que iban á remediar.

Ese escritor, llamado Eugène Simon, decía recientemente en la *Nouvelle Revue* de París, hablando de la familia china, lo siguiente:

«He pasado diez años en China, recorriendo el país de Norte á Sud y de Este á Oeste, y declaro que jamás ha llegado á mi conocimiento que se haya cometido ningun infanticidio, ni en las localidades que he visitado ni en las vecinas. Afirmino que este crimen es mucho menos frecuente en China que en Francia; y que es una abominable calumnia hablar de niños devorados por los cerdos, y de que esto proceda de hechos voluntarios ó habituales de los padres...

• El fin de la Santa Infancia es sólo bautizar niños, pero con el deseo preconcebido de que se mueran en seguida y no conservarlos, por considerarlos como un estorbo, los que están al servicio de tal institucion. Un obispo decía que deseaba que una buena epidemia viniera á desembarazarle de sus huérfanos...

Y ese escritor ha ido hasta el ultraje y la infamia de esa manera, cuando multitud de viajeros no han cesado de describir y encomiar el esmero y el cariño con que son criadas y conservadas la multitud de niñas libradas de la triste suerte á que las condenaban sus desnaturalizados padres.

Ese escritor ha sido consecuente con los principios de la escuela volteriana que ha escandalizado al mundo desde el año 1879. No se ha contentado con dañar, sino que ha querido matar con la calumnia á seres virtuosos entregados con abnegacion á la caridad.

Pero providencialmente aparecen documentos oficiales del Gobierno chino, que atestiguan el mal que ese escritor niega, y pone en evidencia la intencion cruel y aviesa que lo ha inspirado. ¿Qué les importaba que cesaran los efectos de esa obra buena, ni que siguieran pereciendo niños sin amparo, á los que consentirían en que se hundiera el mundo, con tal de destruir las Instituciones fundadas y alentadas por el Catolicismo?

Contra la opinion de ese malvado gambetista, que así ha querido sorprender á la gente caritativa, y retraerla de seguir favoreciendo la Institucion de la Santa Infancia, existe un decreto imperial del Gobierno chino, que lo han publicado todos los diarios de Europa. Está traducido del *Diario* de Pekin del 30 de marzo de 1866. Dice así:

«Las dos reinas madres Regentes del Imperio, decretan lo siguiente:

«Nuestro secretario Linche nos ha hecho saber que entre nuestro pueblo no se ha extirpado todavía la costumbre de ahogar las niñas recién nacidas, y nos ruega prohibirla severamente. Desde los tiempos del emperador Kien-long existía una ley que castigaba con las mismas penas á los que ahogaban á sus hijas recién

nacidas, que á los que mataban á sus descendientes varones, y esto con el fin de acabar con más seguridad esta perversa costumbre. Nuestro citado Secretario nos avisa que este crimen se comete todavía en las provincias de Canton, Fo-kien, Tche-kien, Chan-si, etc., etc., y que es difícil suponer no se cometa igualmente en las otras partes del Imperio.

«Ese atentado turba la armonía del cielo y la tierra, y si no lo reprendemos severamente, no podríamos evitar el vituperio ni salvar nuestro pueblo.

«En consecuencia, ordenamos á todos los vireyes y gobernadores publicar edictos prohibiendo este delito.

«Que los prefectos y sub-prefectos de todas las ciudades inviten á los notables y á los ricos á contribuir á la erección de *huerfanatos* numerosos destinados á recoger los niños abandonados: de esta manera los pobres no podrán dar por excusa su pobreza para justificar el crimen abominable de matar los hijos que han engendrado.

«Si á pesar de nuestras órdenes, hay padres que no se corrijan, que sean castigados con todo el rigor de la ley mencionada, y que no haya indulgencia.

«Respeta esto.»

El mentiroso y mal intencionado libre-pensador Mr. E. Simon, no calcularía que tan á mano hubiera pruebas en su país para confundirlo, y descubrir los fines insidiosos de sus calumnias.

Pero para que nada falte, y como prueba de que hasta esas mismas Autoridades chinas hacían justicia á la caridad de los misioneros y de la *Santa Infancia*, transcribimos en seguida parte del despacho enviado en contestacion por el virey Lao á las Emperatrices, que también se halla en el *Diario oficial*.

Dice así:

«El Obispo de Kuy-tcheu ha salvado á muchos desgraciados emigrantes, pero sobre todo, ha recogido un número incalculable de niños abandonados. Hemos creído interpretar las intenciones de Vuestras Majestades confiándole nuestros asilos de huerfanos. Él los ha establecido bajo sus auspicios y todo está en buen orden. Los niños son muchos y están bien cuidados...

Y para los que aún dudaran de esta horrible y salvaje costumbre á que ha puesto remedio la *Santa Infancia*, transcribimos también parte del informe oficial publicado por el Ministro encargado de cumplimentar el decreto.

Dice así:

«A las dos Regentes:

«Acabo de recorrer las provincias de Canton y Tchely. En todo el camino he visto multitud de pobres y emigrantes que arrojaban á los caminos sus hijos. Causa compasion mirarlos. Aunque Vuestras Majestades han dado órdenes repetidas veces para que se funden *huerfanatos*, no se ha hecho caso de ellas. Tan sólo Lao, virey del Yunnan y del Kuy-tcheu, es el que nos anuncia que hay allí *huerfanatos* numerosos, bien asistidos y en que se recogen muchos de los niños abandonados. Vuestras Majestades deben ordenar con la mayor severidad que en todas las otras provincias se siga ese ejemplo...

Pues bien, esos *huerfanatos* no eran establecimientos chinos, sino los mantenidos por las Hermanas de Caridad con las limosnas que los católicos enviaban de Europa.

Y esos ángeles abnegados son el blanco de ese E. Simon, que con su *rabia racionalista* ha esperado poder matar lo que las mismas Autoridades chinas aplauden...

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS PRINCIPALES MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

A

Africa central.—Los misioneros cautivos, 184.—La revolucion religiosa: misioneros cautivos del Mahdí, 223.—Estado de los misioneros, 348.—La Mision de Gebel-Nuba, 404.

Africa ecuatorial.—Creencias de los indígenas, 126.—Mision del Ujiji, 129.—En la corte de Mtesa, 131.—Tanganika y alto Congo, 305.—Mision de Tabora, 305.—Noticias de la última caravana, 308.—Diario de viaje de Kaduma á Usambiro, 427.—Noticias de la Mision de Tabora, 446.—Diario del viaje del P. Guillet, de Tabora al Masancé, 461.

Africa meridional.—Intriga de los protestantes contra la Mision católica de Cimbebasia, 47.—La Mision de los amboellias, 245.—La Mision de *Gelsemani*, en Natal, 270.—Detalles sobre el rio Zambese; principales ciudades del bajo Zambese, 348.—Nuevas estaciones fundadas por los misioneros en Cimbebasia: viaje del P. Duparquet desde Huilla á Humbi, 448.

Africa occidental.—La Mision de Stanley-pool, 85.—Algunos dias en el Ogowé, 151.—Memoria de la Mision de Sierra Leona, 154.—Del Rhembué al Ogowé, 208.

Africa oriental.—Diario de viaje de un misionero del Zambese, 167.—Los misioneros en Harar: partida del Ilmo. Laserre para el Chewa, 285.

Anam.—Evangelizacion del Laos, 13.—Fervor de los cristianos, 84.—Mision de los chaus y del Laos, 345.

Armenia.—Notable conversion de dos sacerdotes cismáticos: probable vuelta á la unidad católica de los armenios cismáticos, 422.

Asia Menor.—La Mision de Adana, 161.

B

Bulgaria.—Movimiento católico en este país, 381.

C

China.—Progresos y persecuciones, 65.—Estado de la Mision de Hong-kong, 104.—Memoria sobre el estado de la Mision, 121.—Visita apostólica en la Mision de Tong-tchuan, 165.—El dique del emperador Yong-tsen, 277.—La persecucion en el Yun-nan, 309.—La persecucion en el Chan-tong, 350.—Degradacion del paganismo y rasgos de heroismo: progresos de la Religion, 363.—Los vehiculos chinos, 377.—Asesinato del Rdo. Terrasse y compañeros, 424.—Visita apostólica del Kianli septentrional, 444.

Mosaico chino: XVII, Las salinas de Tu-menten, 138.—XVIII, Aparato hidráulico, 159.—XIX, Blanqueo chino; XX, La godilla china, 175.—XXI, Las sociedades secretas, 237.—XXII, El tsien-ia, 257.—XXIII, El Tsai-chen ó dios de las riquezas, 316.—XXIV, El sembrador mecánico: criba y rastrillo, acarreo y molienda del grano, 372.

Congo.—El Catolicismo en 1591 en los países ocupados por los Sres. Stanley y de Brazza, 185.—Fundacion de la Mision de Stanley-pool, 407.

Costa de los Esclavos.—Viaje en el Udoé y el Usigua, 18, 30, 53, 75, 91 y 114.

Narraciones y descripciones: XVI, Muerte de un fetiquista del dios Onsé; La justicia en Porto-Novo, 178.—XVII, Monedas: XVIII, El juego uari, 360.—XIX, Pueblo edificado sobre estacas, 375.—XX, Territorio del Ahunan; XXI, Fauna, 308.—XXII, Insignias del cabeza; XXIII, El baston y la flauta dhomeyana, 438.

E

España.—Misioneros españoles, 290.—Documentos acerca el establecimiento de la *Obra de la propagacion de la fe en España*, 351.—Rescate de niños en Filipinas, 421.

Egipto.—Excursion al lago de Fayum, 63.—El antiguo Egipto, 256.—El seminario copto y el colegio de la sagrada Familia en el Cairo, 268.—El cólera en el Cairo, 301.—Ciudades de los muertos, 378.—Una excursion al árbol de la Virgen, 414.

Estados-Unidos.—Diferentes tribus de la diócesis de San Alberto, 210.

F

Filipinas.—Sentimientos de gratitud de los Padres Jesuitas á los dadivosos barceloneses, 206.—Temporal en Filipinas, 267.—Los misioneros de la Compañía de Jesús, 286.

I

Indostan.—Consagracion del Ilmo. Colgan, en Madras, 30.—La Mision de Alladhy, 108.—La Mision de Sittampur, 242.—Diario de un misionero enfermo en Malasia, 261.—Los huérfanos del hambre: historia de Rosa, 442.

A través de la India: XI, La fortaleza de Gingi, 176.—Choza

de coolies bengaleses. XIII; Bengalés pintando un ídolo; XIV, Palanqueros, 237.—XV, Chandernagor, 316.—XVI, Las frutas de Mangalore, 372.—XVII, Baroda; XVIII, Indos, bramas y parsis, 475.

Indo-China.—Evangelizacion de los khiens, 283.

J

Japon meridional.—Los tres primeros sacerdotes indígenas, 222.—El esterero japonés, 459.

K

Kabilia.—Estacion de Djema-Sahridj, 347.

M

Madagascar.—Memoria del P. Lacombe, 31.—Una viuda cristiana ó Victoria Ratsaraibe, 288.—Expulsion de los misioneros, 302.

Album malgache: XI, Escena de pesca, XII, Una familia católica, 137.—XIII, Filanjaná y monturas, 508.—XIV, Luto riguroso y luto de alivio; XV, Nossi-be; XVI, El mercado de Tamatava, 336.—XVII, Las sepulturas, 359.—XVIII, Sepulturas en el interior de la isla, 374.

Mandchuria.—La persecucion en Hu-Land, 241.

Melanesia y Micronesia.—Llegada é instalacion de los nuevos misioneros de Issoudun en Nueva-Bretaña, 35.—Primeras impresiones de los misioneros: carácter de los habitantes: productos del país: esperanzas de la Mision, 247.

Mongolia.—Un viaje al través de este país, 142.—Viaje al país de los Ortús, 323.

N

Noruega.—Mision en Altengaard, cerca de la Laponia, 41.

Nueva-Zelandia.—Viaje del P. Yardin, 186.

O

Obra de la propagacion de la fe, 5 y 322.—Limosna en favor de la diócesis de Perth, 6.—Idea general de los trabajos del apostolado católico, 7.—La Obra de la propagacion de la fe en 1882, 181.—La Iglesia y las Misiones católicas, 281.

Oceania central.—Una visita pastoral á Rotuma, 70.

Oriente.—Las Misiones de la Compañía de Jesús en Siria, Egipto y Armenia, 21.—Estudios bíblicos orientales, 355.

P

Persia.—Memoria acerca el estado actual de la religion católica, 361.—Viaje del prefecto apostólico y otros misioneros á Urmiá á través de la Rusia, 382.

S

Sandwich (*Oceania*).—Leprosaría de Molokai, 48.—Volcanes de las islas Sandwich, 217.—Los leprosos de Molokai, 246.

Siam.—*Notas descriptivas:* IV, Bang-kok y sus palacios, 118.—V, Bang-kok y sus pagodas, 459.

Siria y Mesopotamia.—Notas de viaje, 14 y 22.—Noticias de Antioquia y Seleucia: probable conversion de los fellahs, 61.—Escuelas de los Padres Jesuitas en Berito, 81; id. en Damasco, 83; id. en Homs, 101; id. en Bickfaia, 103.—Viaje al Norte de Tierra Santa y ejercicios á los sacerdotes orientales, 163.—Establecimiento de la Religion en Mesopotamia: progresos del protestantismo: reconstruccion de la iglesia de Tell-Armer, 204.—Escuelas de los Padres Jesuitas, 221.—Imprenta de los Padres Jesuitas de Berito, 255.—La Mision de Balbeck, 441.

DAMASCO: Estudios históricos y descriptivos por el P. Abougít, de la Compañía de Jesús: X, La Mision católica y la protestante, 43.—XI, La puerta de San Pablo, 201.—XII, La calle Derecha: la de Judas, 321.—XIII, La gran mezquita del Amui, 341.

T

Tahiti (*Oceania*).—Las estaciones de Atina Punaauia y de Paca, 287.

Tibet.—Memoria sobre el estado de la Mision, 66.

Tierra Santa.—Una Mision en Belen; un cántico español en Tierra Santa, 182.—El sepulcro de la santísima Virgen y el de san José, 204.

Apuntes históricos y descriptivos: XXIV, El santuario del Credo, 95.—XXV, Saida (antigua Sidon), 115.—XXVI, El lugar del Llanto en Jerusalem, 392.

Tung-king (*Anam*).—Estado de la Mision, 27.—Consoladores progresos de la fe, 45.—Acontecimientos en el Tung-king, 455.—Estado religioso del Tung-king central, 472.

Turquia.—Movimiento de conversion en la Armenia, 10.—Conversiones al Catolicismo: estado próspero de la diócesis de Malatia, 402.

V

Variedades.—Los isadas, 58.—La caza de un leon, 59.—Orígenes religiosos de la América del Norte, 97.—El Ilmo. Paoli y la educacion católica: la jerarquía católica en el nuevo reino

de Rumania, 136.—Rasgo heróico, 178.—Colonizacion de Fernando Poo, 233.—El Emmo. cardenal Lavigerie, 235.—Los Sakalavos, 239.—Crecimiento prodigioso del Catolicismo en todo el mundo, 278.—Recuerdos de san Agustin entre los moros, 295.—Porvenir del Africa, 296.—Los beduinos, 296.—Tratamiento contra el cólera, 318.—Recuerdos de Hipona.—Gran terremoto en Krakatoa, 338.—Modo de civilizar á lo ilustrado y fraternal, 414.—Irrebatible argumento contra la incredulidad, 439.—Vindicacion de la *Obra de la Santa Infancia*, 476.

GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

RETRATOS.

Emmo. LAVIGERIE, cardenal.	236
Rmo. IGNACIO HARCUS, patriarca siriaco de Antioquia.	100
Ilmos. AGUSTIN CLUZEL, delegado apostólico de Persia.	20
EUGENIO LION, delegado apostólico de Mesopotamia.	89
GREITH, obispo de Saint-Gall.	80
JAIME RICARDS, vicario apostólico del Cabo oriental.	117
IGNACIO PAOLI, obispo de Nicópolis.	136
TIMOLEON RAIMONDI, vicario apostólico de Hong-kong.	156
LUIS CHARBONNEAU, vicario apostólico del Maissur.	220
PUGNIER, vicario apostólico del Tong-king occidental.	288
CRISTÓBAL COSANDEY, obispo de Lausana.	300
LUIS GONZAGA LASSERRE, coadjutor del vicario apostólico de los gallas.	433
PP. DAMIAN DEVEUSTER, misionero de Molokai.	48
ALEJO POUPLARD, misionero de Argel.	200
JAIME LAVAL, apóstol de la isla Mauricio.	320
VÍCTOR GUILLOUX, prefecto apostólico de Mayota y de Nossi-be.	469
RR. MATEO SARRY, vicario general de Galveston.	140
BERNARDO MACMAHON, vicario general del Cabo occidental.	160
E. BRUGNON, misionero apostólico del Kuang-tong.	432
KINGARU, jefe de Mandera.	52
El rey MOSHEWESHWÉ, jefe basuto.	197
ABRAHAN WIKASKOKISEYINN, gran jefe de los cris, en traje salvaje.	212
El mismo en traje europeo.	213
ABD-EL-KADER, protector de los cristianos de Damasco.	425
Superiora de las Religiosas Canossianas de Amoy.	428

VISTAS.

GRECIA.—Syra.	9
TIERRA SANTA.—Saida, antigua Sidon.	109
ASIA MENOR.—Puerto de Mersina.	12
Adana.	161
ARMENIA.—Paisage de los alrededores del Tebaste.	188
SIRIA.—Puerto de Alejandreta.	21
Vista general de Latakíé.	24
Puerto de Tripoli, ciudad baja.	25
Convento armenio de Beit-Achba.	189
Seminario de los misioneros maronitas de Kareim.	192
Muralla cerca de la puerta de San Pablo en Damasco.	201
Puerta de San Pablo en id.	204
Puerta oriental en id.	321
La calle Derecha en id.	324
Ruinas de Balbeck.	441
CHINA.—Puerto de Ning-po.	149
INDOSTAN.—La fortaleza de Gingi.	180
Capilla de San Francisco Javier en Carambady.	289
Márgenes del Hoogly y residencia del rajah de Chandernagor.	301
MALASIA.—Establecimiento de San Francisco Javier en Pulo-Pinang.	260
Catedral de Singapor.	272
Camino á través de un bosque derribado.	280
Colonia india de San José en los bosques de Perah.	281
AFRICA ECUATORIAL.—Casa de la Mision en Tabora.	461
Caravana de misioneros en marcha en un bosque.	464
Pueblo de Mtuto, en el Unyanyembé.	465
Ujiji, junto al lago Tanganika.	466
ZANGUEBAR.—El Kingani en su embocadura.	13
Udoé.	37
Puerto de bejucos sobre el Wamé.	76
Entre Mrogoro y Mwhalé.	81
Capilla de Nuestra Señora de Bagamoyo.	92
Establecimiento de las religiosas en id.	252
Establecimiento de los misioneros en id.	253
NATAL.—La Mision de Roma en Basutolandia.	196
COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Pueblo edificado sobre estacas.	380
MADAGASCAR.—Nossi-be.	337
Cementerio de id.	353
Cementerio de Baly.	356
Tumbas de los hovas.	376
Tumbas de los betsileos.	377
EGIPTO.—Lago de Fayum.	61
SANDWICH.—Hospital de Honolulu.	120
Torrente de lava.	216
Corriente de lava.	217

IGLESIAS Y MONUMENTOS.

FRANCIA.—Casa-matriz de los misioneros de Noruega en Nuestra Señora de la Saleta.	69
---	----

TIERRA SANTA.—El lugar del Llanto en Jerusalem.	381
SIRIA.—Puerta principal de la mezquita del Amui en Damasco.	341
Arquitrahe de un templo griego en id.	344
CHINA.—Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores en Ning-Po.	148
Iglesia de San José en Pekin.	193
SIAM.—Palacio principal de Bang-kok.	113
Entrada de un palacio de Bang-kok.	116
Pagoda de Wat-chang.	449
Torre de la pagoda de Wat-saket, en Bang-kok.	452
Pagoda conteniendo una estatua de Buda durmiendo.	453
Idolos del templo del rey.	456
EGIPTO.—Tumbas de los Califas, cerca del Cairo.	401
Obelisco de Heliópolis.	416
TEJAS.—Iglesia de San Fernando, en San Antonio.	133

TIPOS Y ASUNTOS DIVERSOS.

ARMENIA.—Turcomanos de los alrededores de Sebaste.	181
SIRIA.—Mujer del Libano, con el tantur.	28
Talleres y personal de la imprenta de la universidad de San José, en Berito.	241
CHINA.—Salina (3 grabados).	138, 139 y 140
Aparato chino para elevar el agua.	141
Escuela católica en Pekin.	169
La godilla china.	177
Telas masónicas (2 grabados).	238 y 239
Aparato destilatorio chino (4 grabados).	257, 258 y 259
Dama de Hong-kong.	276
Fiestas en honor del dios de las riquezas (4 grabados).	312, 313, 316 y 317
El sembrador mecánico (4 grabados).	361 y 372
Establecimiento de las Religiosas Canossianas en Amoy.	429
JAPON.—El tocado japonés.	421
Esterero japonés.	457
INDOSTAN.—Choza de coolies bengaleses.	221
Bengalés pintando un ídolo.	232
Palanqueros.	233
Frutas de Bangalore.	373
Hijo del rajah de Baroda.	476
Brama, parsi é indo, de clase distinguida.	477
PAÍS DE LOS ORTÚS.—Sepulcros de Djinghis-Khan.	328
SUMATRA.—Rajah de la punta de Aquen.	273
MALASIA.—Cosecha de los cocos.	172
Segadores indígenas.	173
Divia Nada Pillai, cristiano indígena y su familia.	261
BIRMANIA.—Dama de Rangun.	260
Phugui, religioso budista.	277
ALTO ZAMBESE.—Recepcion del P. Depelchin por el rey Lebuschi.	41
ZANGUEBAR.—La noche en un bosque.	16
Cabañas de Uadoé.	40
Fundacion de la Mision de Mandera.	40
La coccion del pombé.	53
La fraternizacion.	56
Pequeñas tortugas de agua dulce.	77
El panal de miel.	93
La mosca tsétsé.	96
Convoy de esclavos.	101
COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Cauries y conchas sirviendo de moneda. El juego uari.	357
Embajadores del rey del Ahunan.	393
Pangolin.	396
Nido del African weaver-bird.	397
Taburete de cabeza.	436
Flauta y bastones del Dahomey.	437
EGIPTO.—Fuente de la Virgen, en el jardin del bálsamo.	412
Arbol de la Virgen, en id.	413
Arbol de San José.	417
MADAGASCAR.—Escena de pesca en Ivondro.	121
Una familia católica de Tananarive.	129
Victoria Ratsaraibe, noble malgache.	284
Jóven de condicion en traje de luto.	285
El P. Pagés en filanjana.	297
Mujer de riguroso luto.	336
Mercado de Tamatava.	340
OCEANÍA CENTRAL.—Paisaje de Apia.	176

MAPAS Y PLANOS.

Mapa del curso medio del Ogowé y de su principal afluente el Ngunié.	152
Mapa parcial de la Nueva-Zelandia.	185